

ESTUDIOS

REVISTA MENSUAL

AÑO I

Agosto de 1933

N.º 11

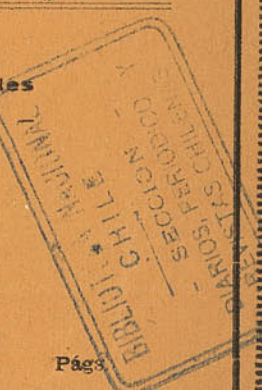
Esta Revista publica las Conferencias mensuales
— del Centro de Estudios Religiosos

INDICE

	Págs.
EL MILAGRO, por D. Juan E. Concha S.	1
CRISTIANISMO Y SOCIALISMO, por D. Eliseo Cister- ternas P.	22
BIRTH-CONTROL O LA LIMITACION DE LA NA- TALIDAD, por D. Alejandro Huneeus Cox, Pres- bítero.	28
EL PADRE LABURU HABLA A MEDICOS Y FAR- MACEUTICOS	33
31 ASAMBLEA DE CATOLICOS ALEMANES.	36
¿SERA LA SANTISIMA VIRGEN?...	37



Suscripción anual \$ 18.— Número suelto \$ 1.60



Publicaciones del EDITORIAL ESTUDIOS

El Alma de todo Apostolado

por D. J. B. CHAUTARD,
Abad de Siete Fuentes de la Orden Cisterciense.
Libro indispensable para todos los que quieren
cooperar con eficiencia a la Acción Católica.

PRECIO: { en Santiago \$ 4.00
 { en Provincias \$ 4.40



El Fin de los Tiempos

Predicciones acerca del fin del mundo,
ATRIBUIDAS A SAN MALAQUIAS

PRECIO: { en Santiago \$ 1.60
 { en Provincias \$ 1.80



Sensacionales Revelaciones

Los Escritos póstumos de la Sierva de Dios, Madre María Rafols

PRECIO: { en Santiago \$ 1.00
 { en Provincias \$ 1.10

Pídalo a su librero o directamente a

EDITORIAL ESTUDIOS

Ahumada 360 - SANTIAGO - Casilla 2081

Director: OTTO HANISCH

Revista mensual que publica las Conferencias
— — del Centro de Estudios Religiosos — —

Año I

Agosto de 1933

Núm. 11

EL MILAGRO

Por Don Juan Enrique Concha S.

La segunda conferencia pública del Centro de Estudios Religiosos estuvo a cargo del recordado sociólogo y político cristiano don Juan Enrique Concha S., y su tema fué abordar el estudio de "el milagro", difícil e interesante materia, en la cual el ilustre y nunca olvidado amigo obtuvo un éxito por demás halagador.

Al publicar esta revista el trabajo del señor Concha, quiere rendirle un postrer homenaje de admiración y gratitud a uno de los fundadores del C. E. R., que con su clara inteligencia y su alma de apóstol, iluminó la senda que hoy recorre segura y victoriosa nuestra institución.

El señor Concha fué hombre de corazón sensible y comprensivo y adalid ejemplar de la idea cristiana. Sus actividades no tuvieron límite: sabio y culto legislador social; dominó la cátedra universitaria y triunfó en la tribuna pública; manejó la pluma con donaire y valentía y su tiempo no lo escatimó en consolar al afligido y ayudar al menesteroso.

Su efijie preside nuestras labores y su espíritu está entre nosotros.

I

EL MILAGRO

Os parecerá extraño sea tratada por un laico la cuestión del milagro; yo lo comprendo, porque nos hemos acostumbrado a que los laicos no hablen ni escriban en materia de orden espiritual, sino para combatir y raras veces para defender ideas

religiosas, y el milagro es acaso una de las más combatidas, y contra la cual se ha usado el arma más formidable, porque es la más temida de los hombres, el ridículo y la burla.

Hablar del milagro es ponerse el sambenito de ignorante, de necio, de espíritu débil; el milagro está bien para las masas, para los niños, para las mujeres, para los beatos y beatas; pero no para la gente ilustrada, culta, ni muchísimo menos para los hombres de ciencia; los negadores del milagro, cuando son benevolentes miran con compasión y lástima a las infelices y cortas mentalidades que creen en él.

Han ejercitado tanta influencia en la mentalidad de los pueblos latinos Voltaire, Renan, Zola, Anatole France, que entintaron su pluma en la más espesa tinta de burla e ironía para ridiculizar el milagro y a sus creyentes, que casi parece tomar plaza de ingenuo y de iletrado al entrar a tratar del milagro, porque un espíritu científico, no puede creer en semejante tontería.

Y lo curioso es que hay hombres de ciencia, creyentes en Dios y católicos, que dicen con la mayor sangre fría, y yo se los he oído: "Yo creo en todo, pero en los milagros, no!"

Es que lo que pasa, es que unos temen el milagro porque reconocido éste hay que inclinar la cerviz, dejar el microscopio y el bisturí por algunos momentos y mirar hacia arriba, de rodillas, para contemplar y reverenciar a Aquél que todo lo puede, incluso lo imposible para la ciencia; es

que lo que pasa es que los espíritus fuertes no son tan fuertes, como se creen y temen al ridículo, a la burla, al apodo de anti-científicos, por parte de sus colegas de Academias, Facultades o Gremios y perder así parte de su prestigio profesional o académico.

Cuando el Bautista estaba encarcelado por haber anatematizado los amores nefandos de Herodes, danzaba con elegancia juvenil y apasionadora la hermosa hija de Herodiades, Salomé, en el salón del festín macabro. En estos momentos y antes de la horrible tragedia que todos conoceis, el Precursor, el último de los profetas, aquel que vestido de pieles y que se alimentaba en el desierto de langostas, que predicaba la penitencia y bautizaba en el Jordán, mandó algunos de sus discípulos que fueran hasta Jesús y le preguntaran si El era el Mesías anunciado, el que había de salvar al mundo o si otro habría de venir.

Llegados estos a Jesús y luego que le hubieron hecho la pregunta, recibieron de boca del que era el Verbo de Dios, la verdad absoluta, la siguiente respuesta: "Id y contad a Juan lo que habéis oído y visto. Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, se anuncia el Evangelio a los pobres: y bienaventurado aquel que no tomare de mi ocasión de escándalo".

Jesucristo no responde a los legados del Bautista de un modo directo diciéndoles: "Sí, decid a Juan que yo soy el Mesías y que no vendrá otro en pos de mí", lo que habría podido decir así sin duda alguna como lo dijo más tarde en las horas de su proceso. Pero en esas circunstancias quiso Jesús probar con sus propias palabras que el milagro era la prueba por El escogida para convenir al mundo que El era Dios, porque sólo El podía derogar o suspender las leyes de la naturaleza.

Ya véis que el milagro no es una cuestión de necios, de infelices, de espíritus débiles: es la demostración de la Omnipotencia,

es el reconocimiento de la divinidad ante el hecho sobrenatural que sólo esa divinidad y esa Omnipotencia es capaz de producir.

Es, pues, digno de estudiarse el milagro en sus diversos aspectos; pero antes de entrar de lleno en su análisis, es preciso dejar clara y netamente establecido que no todos, ni aún la mayor parte de los hechos que sorprenden nuestra inteligencia, nuestra imaginación, nuestros sentimientos y que se dicen milagros, pueden ser tenidos por tales. Por el contrario; uno de los peores enemigos del milagro verdadero, es el milagro falso, nacido o de un fanatismo inconsciente o de una irresponsable ignorancia o de una superchería culpable.

Si todo es milagro, nada es milagro.

El milagro verdadero, como hecho, está y debe estar sometido a la crítica más severa; como consecuencia de una causa superior que lo produce debe ser analizado científicamente hasta donde la ciencia alcanza o puede alcanzar, filosófica y metafísicamente desde que cesa el radio de acción e investigación de la ciencia positiva. Cuando la causa del hecho milagroso no se lo explica esta última, no por eso deja de existir el hecho extraordinario, superior a las fuerzas naturales, e investigar la causa que lo produce no es ir contra la ciencia positiva, sino avanzar con la razón, con el raciocinio y el juicio, al conocimiento de la causa del hecho milagroso.

Y esto me lleva a una cuestión que se plantea con frecuencia: ¿Puede un hombre de ciencia, que carece de fe religiosa, creer en el milagro? En otros términos: ¿El milagro, es cuestión de fe o de razón?

El milagro es conforme a la razón, porque ésta, usando de todos los medios científicos existentes y discurriendo desapasionadamente sobre la naturaleza, forma, modo y circunstancias del milagro, puede llegar con certeza a reconocer el he-

cho extraordinario, que no tiene, ni puede tener, como lo veremos, explicación natural alguna.

Permitidme profundizar un poco más esta materia que es grave y acaso la inicial para los incrédulos de buena fe, y para aquellos que no creyendo en lo sobrenatural no se cierran en absoluto a ello, y que talvez, en el fondo de sus espíritus, hay si nó un deseo de creer, por lo menos se encuentran en un estado mental de neutralidad, plasmático, para oír y apreciar razones, en uno de esos estados en que se quiere ver y explicarse el porqué, el cómo de los hechos maravillosos, que hasta ahora ellos no han podido explicarse, pero que no rechazan *a priori*, voluntaria, terca y porfiadamente toda otra explicación sobrenatural.

El milagro, anticipando ideas, tiene una finalidad sobrenatural. Para aquel que no quiere, por ningún motivo ni razón, abrir las puertas de su inteligencia para que por ella penetre un rayo de luz y que ni siquiera acepta una vislumbre que pueda llevarlo a lo sobrenatural, es inútil dar pruebas y razones del milagro.

Este es el caso de aquellos judíos que no aceptaban los milagros de Jesús y de quienes El dijo: "Aún si vieran resucitar un muerto, no creerán"; éste es el caso de muchos racionalistas y materialistas obsecados y de filósofos o pensadores como el autor de "La Vida de Jesús", Renán, o el novelista de "Lourdes", Zola.

Pero hay innumerables hombres de ciencia, por quienes el milagro puede ser conocido con las luces de su propia inteligencia, sin el concurso previo y actual de la fe.

Repetiré, una vez más, que hablo del milagro verdadero. El hecho extraordinario, superior a las fuerzas y leyes de la naturaleza, es en sí mismo y para nuestros sentidos e inteligencia, antes que todo, un hecho real, que los ojos pueden ver, las manos tocar, y la inteligencia analizar hasta convencerse que tal hecho ha existido o existe, tomando para llegar a este conocimiento, todas las medidas ra-

cionales o científicas necesarias. La cuestión es que de parte del observador, del científico, se deje absoluta, completa, total libertad a la inteligencia para observar y analizar, sin prejuicios, el hecho extraordinario que se le presenta a su estudio.

Pero, en el compuesto psicológico del hombre, los actos de la inteligencia muchas veces están supeditados por la acción de la voluntad, de tal manera que, aún cuando la inteligencia vea claramente la verdad de un concepto, de una idea, entenebrece esa claridad de la mente y le corta el radio de visión.

Si la voluntad en el caso del hecho extraordinario, está firme, resuelta, inmovible, a no reconocerlo, triunfará, sin duda, sobre la inteligencia y ésta no verá el milagro. Pero, si la voluntad está inactiva, y en disposición simplemente de ponerse al servicio de la inteligencia para aceptar lo que ésta le haga ver como verdadero, después de un análisis sincero, desapasionado y científico, la claridad del hecho extraordinario, del milagro, se impondrá al espíritu y al criterio del observador científico.

En otros términos, el reconocimiento del milagro requiere un estudio de espíritu bien intencionado, es decir, una disposición a no cerrarse ni ante la verdad del hecho mismo, bien comprobado por cierto, ni ante las consecuencias psicológicas, espirituales, sobrenaturales que de la verdad del hecho se pueden desprender.

Este estado que yo me imagino y creo que debe ser el de todo espíritu libre, y sin prejuicios, permite a la razón llegar al reconocimiento del milagro por obra y acción de sus facultades intelectuales.

El hecho del milagro, del suceso superior a toda ley o fuerza natural, puede ser conocido por la inteligencia sin el concurso de la fe; la fé, es una gracia de Dios, inconmensurable porque es divina, y como tal facilita a la inteligencia la percepción y el amor a la verdad eterna, una de cuyas palabras es el milagro; la fe en-

tra a obrar junta con la razón libre en la explicación, en el reconocimiento de la causa suprema productora del milagro. Por eso los judíos que, viendo los portentos de Jesús, los negaban contra millares de testigos que los reconocían, se quedaban en su incredulidad, porque su inteligencia no estaba libre, y no veían los milagros voluntariamente, porque no querían reconocer en Jesús, al Mesías.

El caso del incrédulo de buena voluntad, de aquel que no se pone frente a Dios para rechazar toda inspiración, que es la gracia, no es ese; por el contrario, esa buena voluntad prepara el camino de la gracia que lo llevará a la fe. Y el milagro se impondrá a su inteligencia, no solamente a sus sentimientos, con esa luz, con esa claridad con que sólo la fe es capaz de iluminar nuestra modesta y corta inteligencia.

La intención de creer no es la creencia misma, como la intención de viajar no es efectuar el viaje; pero es sin duda un principio necesario, un elemento previo para llegar a la fe, como para llegar al punto o localidad a donde se desea arribar, es necesario la intención de hacer el viaje.

Si como lo veremos, el milagro es un hecho real, perceptible, y no una ilusión o sugestión, cae perfectamente en el radio de acción de nuestras facultades cognitivas, por lo tanto, científicas.

Por eso, la Iglesia que ningún temor tiene, sino por el contrario, deseo que el milagro sea estudiado, analizado, minuciosa y científicamente, declaró en el Concilio del Vaticano, "que los milagros y las profecías constituyen signos ciertísimos de la revelación divina y adecuados a toda inteligencia" y que "si alguno dijere que la revelación cristiana no puede ser creída por medio de signos externos y que por lo tanto los hombres no pueden llegar a la fe sino por medio de la experiencia interna individual, o por medio de la inspiración privada, sea anatema".

Y aquí tenéis, resuelta la cuestión propuesta: La Iglesia contesta o se anticipa

a la ciencia para decirle que ésta puede llegar con la razón a la fe, por medio de una de las manifestaciones externas de la divinidad, que es el milagro: lo único que le pide a la ciencia, es buena intención, buena voluntad, voluntad libre, sin prejuicios, para que viendo vea, para que oyendo oiga, para que no cierre las cortinas del cerebro y las puertas del corazón, a fin de que penetre la luz de la omnipotencia, en la inteligencia humana.

La Iglesia no presenta el milagro como un tormento del espíritu, como una imposición a la mente humana, que ella no sea capaz de comprender por las razones que la explican. No; el milagro no es el misterio cuya comprensión excede a los límites de la inteligencia; el milagro es inteligible y explicable por la razón, que puede por sus propias fuerzas llegar a la causa omnipotente que lo produce.

El catolicismo no necesita fabricar milagros; le bastan los de Cristo, pero no puede rechazar los otros, siempre que estén bien probados, porque no puede negarse a la realidad de los hechos extraordinarios y sobrenaturales con que Jesús continúa demostrando su divinidad, omnipotencia y caridad confirmando el triunfo eterno de sus escogidos, permitiendo por la intersección de éstos, la suspensión de las leyes de la naturaleza, que sólo Dios puede realizar.

Pero al aceptar estos hechos, no se crea que procede ligeramente y llevado de su celo religioso. Nuestra creencia es mucho más razonada de lo que se cree por algunos.

En materia de aceptación de milagros, en los procesos de canonización, el examen de éstos es posterior a la investigación prolija y documentada de la vida, costumbres y santidad del taumaturgo. Antes de dar su fallo la Iglesia designa para los casos de curaciones tenidas por milagrosas, médicos, cirujanos y especialistas que determinen si esas curaciones pueden o no explicarse por razones científicas, y bastaría que dichos informes dejaran dudas sobre la efectividad de algo sobrenatural

para que el milagro propuesto fuese rechazado. Hace ya cerca de doscientos años que Benedicto XIV en su tratado sobre la "Beatificación de los Siervos de Dios" eliminaba casi por completo las curaciones de enfermedades que pudieran tener un origen o causa nerviosa, como histerismo, epilepsia, parálisis, etc. El Derecho Canónico, codificado por Pío X, contiene disposiciones de grandes y graves precauciones así científicas como de procedimiento para llegar a las confirmación de un milagro.

Yo lamento que la brevedad del tiempo en que ha de desarrollarse esta conferencia no me permita hacer uso y dar así autoridad científica a mis palabras, de las declaraciones de los hombres de ciencia a quienes se dirigió el académico Roberto des Fleurs, preguntándoles "si la ciencia se opone al sentimiento religioso", y referir las respuestas de matemáticos, astrónomos, químicos, biólogos, médicos, físicos, geodistas, etc.; pero, me permitiréis cite las palabras de D'Arsonval, una de las mayores glorias de la ciencia francesa, médico y físico, profesor en el Colegio de Francia, inventor de numerosos aparatos físico-médicos, etc., etc. Dice así: "Han existido y existen hoy numerosos sabios que tienen espíritu religioso? Sí. Esta contestación tiene la brutal insolencia de un hecho. Luego, no hay para qué plantear la cuestión".

La ciencia procede por observación y experimentación y por ellas deduce leyes y principios, que consagran la normalidad de la repetición de los hechos observados y experimentados, que obedecen a leyes naturales permanentes; pero, estas mismas leyes naturales que hasta ayer eran consideradas inflexibles y fatales, hoy día muchas de ellas van sufriendo atenuaciones y el fatalismo o determinismo científico, va cediendo el campo a un contingentismo o casualismo científico. La ciencia, en una palabra, oscila entre la inflexibilidad de las leyes de la naturaleza y el relativismo o probabilismo de los fenó-

menos de la vida, sin ley fija y absoluta que los dirija.

El milagro está fuera del determinismo, como del probabilismo científico porque es un hecho que se produce de un modo propio, *sui-géneris*, que escapa a toda ley fija y permanente, como a todo cálculo de probabilidad. No hay sabio, médico o matemático, que pueda predecir y anunciar la producción de un milagro, ni su repetición. El obedece sólo a la voluntad divina; es un acto de la omnipotencia, que lo produce cuando, cómo y a quien quiere. Así es otorgado como negado al creyente o al incrédulo; el milagro, hecho sobrenatural, no está a la disposición del hombre como el resto de la naturaleza que le está subordinado para su estudio y aprovechamiento.

Pero, la crítica racionalista no acepta esto y exclama con Renan: "Si mañana se presentase un taumaturgo con garantías bastante serias para ser oído y anunciase, por ejemplo, que podía resucitar a un muerto, ¿qué se haría? Se nombraría primero una comisión compuesta de fisiólogos, físicos, químicos y personas acostumbradas a la crítica histórica. Esta comisión examinaría el cadáver, se cercioraría que la muerte era real, indicaría la sala destinada al experimento, tomaría todas las precauciones necesarias para disipar toda duda. Si en tales condiciones ocurriera la resurrección, se habría adquirido una probabilidad — nótese, probabilidad únicamente — casi igual a la certidumbre. Sin embargo, como toda experiencia debe siempre poder ser repetida y se ha de poder rehacer lo que ya se ha hecho, puesto que en el milagro no hay cuestión de facilidad o de dificultad, el taumaturgo sería invitado nuevamente a reproducir su acción maravillosa en otras circunstancias, sobre otros cadáveres y en otro ambiente. Si el milagro se repite cada vez, quedarían estas dos cosas: que en el mundo suceden hechos sobrenaturales y que el poder producirlos pertenece o es delegado a ciertas personas".

Y Voltaire decía más o menos lo mismo: "Para que un milagro fuese bien constatado, sería de desear que ocurriera en presencia de la Academia de Ciencias de París o de la Sociedad Real de Londres, y de la Facultad de Medicina, protegidas por un destacamento de guardiames, que contuviese a la multitud que por indiscreción podría impedir la operación milagrosa".

Con este modo de raciocinar viene por tierra toda la historia, porque no se puede creer sino lo que personalmente se ha visto.

Pero yo, desde este rincón de América, y desde esta modesta tribuna, invitaría a las Academias y Facultades Científicas a que enviaran delegados o que se trasladaran en cuerpo para investigar los hechos portentosos, milagrosos, que ocurren en Lourdes. Si la ciencia demostrara que todos ellos son falsos milagros, que todo es fruto de la sugestión, la Iglesia sería la primera en reconocerlo, porque no quiere la falsedad, ni la superchería, sino la gloria de Dios que no descansa en la mentira ni el engaño, sino en la verdad. Pero, si el milagro o el hecho sobrenatural inexplicable por razones naturales científicas, quedara constatado ¿lo reconocerían las Academias y Facultades? Ecco il problema.

Tenemos derecho para pedir el milagro pero no lo tenemos para exigirlo. El Señor es el dueño del milagro y éste, como signo de la divinidad aparecerá cuando El quiera; como solución de nuestras angustias y penalidades físicas, el milagro generalmente no le es concedido al hombre porque el Señor, que sabe en su infinita sabiduría y en su bondad infinita, lo que más haya de convenirnos, substituye la mejoría física, por otras gracias que no son del orden físico, sino más sólidas, más duraderas, porque son eternas, las del orden espiritual.

El milagro he dicho que es un signo de la divinidad y con la palabra signo es llamado en el Antiguo Testamento y siendo signo, prueba y demostración de la di-

vinidad es a ella a quien corresponde exclusivamente producirlo y la divinidad no está al servicio de los deseos o aspiraciones del hombre, por vehementes, justificadas y racionales que nos parezcan, sino que es el hombre el que está y debe estar subordinado a la divinidad.

Y si es un signo de ella, el milagro tiene una enorme y trascendental consecuencia social. El hecho milagroso, un sólo milagro, tiene un alcance universal, nunca personal o colectivo. El milagro trasciende y ha trascendido siempre al o a los individuos que se han beneficiado con él, o que lo han presenciado. Y es, sin duda, este el alcance católico, es decir universal, del milagro, la causa principal de la hostilidad y guerra que se le ha hecho en el pasado y se le hace en el presente. Si los efectos del milagro fuesen exclusivamente individuales, el racionalismo y materialismo filosófico no le atribuiría ninguna importancia, lo dejarían de lado, como aislado, sin consecuencia alguna. Pero, al ver que en los Evangelios, a cada milagro de Jesús miles de judíos lo seguían no por curiosidad sino como nuevos discípulos del Mesías; al ver que, según se relata en "Los Hechos de los Apóstoles" los milagros de éstos atraían a la fe en Cristo, en cuyo nombre y por cuya gracia los realizaban, a millares de infieles; al ver que ante los milagros de los mártires en el circo, a cuyos pies se postraban leones y panteras enfurecidos, y a quienes las flamas abrasadoras de las hogueras encendidas respetaban sin quemarlos, millares de verdugos, gladiadores y espectadores paganos, reconocían al Dios de los cristianos que tales prodigios obraba; al ver que a pesar de la campaña contra la piscina repugnante, siguen las multitudes del orbe entero invocando en Lourdes a la que es llamada Salus infirmorum; al ver, finalmente, que el milagro confirma la fe, anima la esperanza, y enciende la caridad en los espíritus, no sólo de los favorecidos con el milagro y de los que lo presencian, sino de los que toman conocimiento de él por relaciones documentadas, controladas.

y verídicas, entonces, la incredulidad apasionada se levanta contra el milagro, porque vé y se dá cuenta que el milagro es algo sobrenatural, que conduce a lo sobrenatural y que lleva al hombre al reconocimiento de la omnipotencia divina y al reconocimiento de la poquedad humana.

Y hay que notar que como el milagro es un hecho y un hecho real al alcance de nuestras facultades y órganos, de los órganos y facultades comunes, porque no se requiere ser sabio, ni filósofo, para ver un muerto que resucita, un ciego que vé o un cojo o fracturado que bruscamente camina, etc., y como además, es un hecho que causa admiración y nos despierta a todos curiosidad, esto es, atención, examen y a la vez el deseo de referirlo a otros, por lo mismo que se trata de algo extraordinario, el milagro, por un proceso natural y lógico de nuestra naturaleza comunicativa y esencialmente sociable, se publica y se comunica a todas partes. El milagro no queda en silencio ni oculto, y esta característica es la que lo hace temible a la incredulidad y por esto lo niega y ridiculiza.

La explicación del milagro como hecho extraordinario que en sí mismo o por sus modalidades, supera el poder de todas las fuerzas de la naturaleza, lleva necesariamente a la causa suprema, creadora, a Dios, porque no puede haber otra causa que lo explique y no hay efecto sin causa que lo produzca.

Se dirá que muchos hechos que han sido tenido por milagro porque no se sabía cómo explicarlos, la ciencia posteriormente los ha explicado y encontrado las causas físicas, químicas o biológicas que los produjeron, y se añade que lo que hoy es inexplicable mañana dejará de serlo por los nuevos estudios, investigaciones y descubrimientos científicos. Sería, en consecuencia, una pretensión afirmar que un hecho es contrario o superior a las fuerzas y leyes de la naturaleza, porque nadie

puede decir autorizadamente que todas ellas son conocidas. Cada día se descubren nuevas; el barco de la ciencia penetra con firmeza y avanza en lo desconocido y va dejando una estela luminosa que sirve de ruta a los futuros exploradores de la verdad científica.

Aceptemos todo el argumento y reconozcamos, agradecidos a Dios y a los hombres todo el progreso científico del tiempo pasado y del nuevo; pero, lo que la ciencia no podrá negar, si no niega los hechos mismos probados por todos los medios que la crítica histórica practica en el estudio de los acontecimientos humanos, es que hay hechos, como la resurrección de un muerto, como el cambio de la sustancia de un ser por la de otro, como la multiplicación de especies sin vida y súbitamente, no podrá negar la ciencia, digo, que tales hechos no podrán jamás tener una explicación científica.

Os imagináis, que la ciencia llegará a multiplicar instantáneamente un número insignificante de peces muertos y de otros pocos panes y convertirlos en varios miles de peces y panes? ¿Lo creéis eso posible? ¿Creéis que hay fuerzas desconocidas en la naturaleza que sean capaces de reproducir peces muertos y trigo hecho pan, o sea, dar vida a seres que la perdieron, o cuya composición por adición de agua, sal y cocción al fuego, se ha modificado substancialmente?

Que lo esperen hasta el día del juicio, los que quieran; nosotros seguiremos creyendo que resucitar muertos, cambiar el agua en vino, multiplicar panes y peces es superior a las fuerzas de la naturaleza y que sólo un Dios puede hacerlo, porque para El, autor de la naturaleza y dictador de sus leyes, todo lo es posible excepto lo contradictorio y lo inmoral, porque pugnan a la inteligencia y bondad infinitas. Y no hay contradicción ni inmoralidad en que el autor de la vida la produzca de nuevo en el muerto, que el creador de las especies, por un acto de verdadera creación, las multiplique.

La imposibilidad filosófica y metafísica

del milagro por razón de un determinismo científico, es fundamentalmente errónea, porque niega a Dios la libertad y la inteligencia infinita, haciéndolo depender de la naturaleza, que sería la verdadera divinidad, inmutable, eterna y causa de sí misma.

Si se niega a Dios, si todo lo que existe o puede existir es fruto del acaso, como quien dice de la nada, el milagro no es posible y no puede demostrarse.

Si se cree que hay un Dios, que este es omnipotente, y que la naturaleza es causa segunda, creada y no soberana, el milagro es posible y demostrable, como espero probarlo en la continuación de esta conferencia.

SEGUNDA PARTE

LOS MILAGROS DE JESUS

En el Antiguo Testamento, Jehovah se manifestaba desde lo alto y hacía oír su voz y dictaba sus leyes al pueblo escogido de Dios entre el estrépito de los truenos y el fragor de los relámpagos; el Cordero de Dios, sentado a la falda de la montaña, enseñaba la nueva ley con suavidad, con dulzura. Jehovah fué adorado por los judíos con un espíritu saturado de temor y espanto; Jesús es adorado por los cristianos con un espíritu lleno de amor y de confianza. Jehovah, era el Dios eterno, majestuoso, imponente, temible; Jesús es el Dios eterno y temporal, es el Dios hecho hombre y que habitó en medio de los hombres; su majestad no se exhibirá sino a tres de sus discípulos en el Tabor y al mundo en el Calvario; todo en él es sencillez y mansedumbre; nada hará con estrépito ni ruido.

Jehovah secará el Mar Rojo y lo lanzará como horrible aluvión sobre las tropas del Faraón; Jesús calmará la tempestad del lago Tiberíades. Jehovah hará caer del cielo el maná que alimentará en el desierto del Egipto a los judíos; Jesús

da otro maná que alimenta el espíritu en el desierto de la vida a los cristianos.

Jehovah hizo milagros, por sí y por medio de sus profetas, milagros que espantaban y aterrorizaban al pueblo judío; Jesús los hizo por sí, y por medio de sus apóstoles y de sus santos, pero milagros que no asustan, que consuelan y alivian.

El pueblo judío quería que el Mesías se manifestaba con "signos del cielo", como Jehovah, y así se lo pedían a Jesús, pero Jesús que quería atraerlos por el amor más que por el temor, no quiso dárselos sino en el momento en que expiró en la cruz, cuando "el velo del templo se rasgó en dos partes de alto a bajo y la tierra tembló y se partieron las piedras y los sepulcros se abrieron y los cuerpos de muchos santos que habían muerto, resucitaron y salieron de los sepulcros después de la resurrección de Jesús y vinieron a la ciudad y se aparecieron a muchos".

Los milagros de Jesús que examinaremos en breve, tienen como los que por su virtud se han obrado y siguen obrándose, una característica: lo sobrenatural de ellos se impone a la razón razonando; los milagros del antiguo Testamento se imponían a la razón, más que por el juicio interno, por la impresión que producían a los sentidos.

En los milagros de Jesús, como en los posteriores, generalmente la causa divina que los produce va acompañada de actos de fé y de confianza de parte de los hombres en el poder sobrenatural de Cristo, porque el reino de Cristo en las almas pide a éstas su concurso libre, generoso, amoroso.

Los milagros del Antiguo Testamento, que en su ausencia son iguales a los de Jesús, fueron en sus accidentes, en su forma, en su manifestación al pueblo judío, en cierto modo, más impresionantes, más estrepitosos, más grandiosos, a fin de que ese pueblo que no tenía a Dios entre ellos, ni en la Eucaristía como lo hemos tenido y tenemos los cristianos, y que no había recibido el fruto de la redención por la sangre y muerte de Dios, reconocieran ya

por los beneficios pasmosos, ya por los castigos aterradores, que el Dios de Israel era el omnipotente, el Adonai.

En la Nueva Ley, el Redentor, el Hijo de Dios hecho hombre, al dar signos de su divinidad, no usará de aquellos que le pedían los escribas y fariseos, si no de los que El escogiese y que atraigan a las almas más por la fe y confianza y el amor, que por el interés o el temor.

La idea corriente entre los judíos sobre el milagro, era que éste sería la prueba del Mesías, Rey y General del pueblo judío que había de venir a reinar sobre la tierra y someterla al poderío de Israel, pero Jesús, que, en los momentos supremos de su muerte dijo que su reino no era de este mundo, en repetidas ocasiones exigió a los miraculizados que guardaran silencio de sus curaciones, que no refirieran sus prodigios porque sabía que lo querían proclamar Rey, como lo intentaron varias veces.

El poder taumatúrgico de Jesús era esencialmente espiritual y religioso. En el plan de Cristo, ejemplo de sencillez y de humildad, el milagro no tendrá ninguna apariencia deslumbradora y así lo dijo El mismo, como lo recordaréis, en la tentación del desierto, en que el espíritu del mal le sugirió realizara prodigios fantásticos. No; Jesús hará sus milagros con discreción, con prudencia, con oportunidad, y teniendo en cuenta, en cierto modo, las disposiciones interiores de sus oyentes y la sencillez de las inteligencias de los que lo escuchaban.

Los milagros de Jesús no serán complicados; podrán ser vistos, admirados y reconocidos por la multitud ignorante que no necesitará analizarlos ni discutirlos porque se les impondrán a los sentidos, especialmente a la vista. Los hará a la luz del día, en presencia de numerosos testigos.

Es algo curioso lo que ocurre con los milagros de Cristo y su personalidad ante la crítica racionalista. La figura del Cristo es presentada como la del ser más perfecto que la humanidad ha producido. Sólo Voltaire se ha atrevido a decir que es pre-

ciso "aplantar al infame". La crítica ha reconocido y reconoce la autenticidad y veracidad de los Evangelios que relatan no sólo la doctrina sino la vida de Jesús, pero cuando esos mismos Evangelios, de los cuales me ocupé en una conferencia anterior, refieren hechos sobrenaturales realizados por Jesús, entonces se niega a los Evangelistas la veracidad y se les apoda de ilusos, de hipnotizados, de sugestionados; no se ha alcanzado a decirles embusteros.

Y sin los milagros, Cristo es incomprendible como Dios; sólo conocible como hombre, y ésto que parece una aberración, deja de serlo si se considera que Dios, al enviar al Unigénito a la tierra para ser reconocido y amado de los hombres como Dios, exigiría de la razón y del corazón humano su asentimiento, fundado en hechos que sólo un Dios podía producir. Y como la doctrina de Cristo era esencialmente sobrenatural y por lo tanto, superior a las facultades y potencias del hombre, su divinidad tenía que ser manifestada a los hombres por hechos sobrenaturales que la prestigiaran y la hicieran comprensible. No es que Jesucristo dejara de ser Dios y no hacía milagros, porque para El, autor de la naturaleza, nada es milagro, todo es, por decirlo así, natural en su poder infinito; no es que el milagro sea necesario e intrínseco a la divinidad de Cristo, el milagro es una manifestación extrínseca a la divinidad de Cristo, a fin de que los hombres a quienes venía, y a quienes quería darse a conocer, vieran que la persona del Nazareno y su doctrina, estaban confirmados como divinos, por hechos sobrenaturales que garantizaran el poder sobrenatural del taumaturgo.

Por eso la crítica racionalista separa en el análisis del Evangelio todo lo que puede ser signo o demostración del poder sobrenatural de Cristo, para dejar así únicamente al hombre. No importa al racionalismo y modernismo quebrantar todas las reglas de la lógica y de la crítica histórica al fraccionar y mutilar la unidad y la concordancia absolutas de los Evange-

lios, de los hechos de los Apóstoles, de las Epístolas de éstos y de la invariable y permanente tradición cristiana respecto a los milagros de Jesús.

La negación de lo sobrenatural en Cristo, no descansa en ninguna prueba documental sino en una simple afirmación de carácter filosófico, no histórico, esto es, en la negación previa, de que lo sobrenatural no existe ni puede existir.

Decir que los Evangelios son verdaderos y aceptables en cuanto refieren los discursos y algunos hechos de Jesús y que son falsos o fantásticos, por lo tanto inaceptables, cuando refieren hechos sobrenaturales de Jesús, es quitarles todo valor histórico positivo y dejarlos reducidos a simples leyendas o fábulas, lo cual, hasta ahora, ningún crítico, por racionalista que sea, se ha atrevido a afirmar, porque caería aplastado por las pruebas irredargüibles que la exégesis ha acumulado para demostrar la autenticidad, la veracidad y la concordancia de los Evangelios en todas sus partes.

Los milagros de Jesús, de tal manera han estado unidos a su persona, que el propio Jesús se los declaró a los emisarios de Juan el Bautista, como ya lo referí, que Pablo de Tarso, llegó a decir en su epístola a los corintios, refiriéndose al mayor de los milagros de Cristo: "Si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra predicación y vana nuestra fé, y nosotros (sus predicadores) los más miserables de los hombres".

No se relatan hechos falsos, ni se inventan fantasías respecto a un hombre que ha muerto en el patíbulo y cuya influencia, por lo tanto, ha desaparecido, ni se forjan historias ni se escriben leyendas sobre un personaje cuyo reconocimiento habría de traer como consecuencia necesaria el tormento y la muerte de tales relatores, como les aconteció a todos los Evangelistas y apóstoles.

Veamos algunos de estos hechos, sin referirnos al trascendental de la resurrección de Cristo, del cual me he ocupado en otra ocasión; ni me referiré tampoco a la

liberación de los endemoniados que son casos numerosos en los Evangelios porque me obligaría a hacer una explicación sobre el poder que el espíritu del mal ejercía especialmente sobre las almas y los cuerpos en tiempos de Jesús y la brevedad del que dispongo no me lo permite.

En los milagros de Jesús, hay otros que consisten en el cambio de substancia, como fué el de las Bodas de Caná; algunos en la multiplicación, no en la división, de ciertas especies, como los de los panes y peces, otros en curaciones de enfermedades y varios en resurrecciones de muertos.

El apóstol que Jesús amaba, el que había de dejar narrado con caracteres indelebles el milagro invisible de la transubstanciación eucarística en la última cena, ha sido el mismo que relata la transubstanciación visible del agua en vino con enorme acumulación de detalles, indicando lugar, las personas presentes, los objetos a la vista, y hasta la capacidad de las ánforas; las palabras de María, la respuesta de Jesús, las órdenes que impartiera, la ejecución dada a ellas por la servidumbre, el agradecimiento del dueño de casa, etc.

Es una descripción totalmente circunstanciada y confirmada más adelante por el mismo San Juan, cuando de paso, refiriendo los movimientos de Jesús, dice: "Y fué Jesús nuevamente a Caná de Galilea,

El testimonio del Evangelista no sólo es descriptivo del hecho ocurrido sino que lo explica diciendo que "ese fué el primer milagro que manifestó su gloria" y lo explica añadiendo la consecuencia del milagro realizado y "sus discípulos creyeron en él".

El cambio de una substancia por otra, o sea del ser íntimo de las cosas, es una verdadera creación, con destrucción y substitución de substancia y tal acto sólo es propio de Dios; el hombre jamás ha podido llegar a eso, ni llegará. Podrá el hombre hacer bueno o mal vino, podrá echarle agua al vino o vino al agua, pero hacer que el vino sea agua o el agua sea

vino, eso es imposible; está contra la esencia de las cosas.

Sin embargo, el milagro de Caná, también ha caído en las garras de la sugestión y se dice que por hipnotismo o sugestión se puede hacer creer que al beber o comer algún alimento líquido o sólido, el sugestionado o hipnotizado cree firmemente que está bebiendo o comiendo otra substancia distinta de la que se le da. Y esto es perfectamente efectivo, porque, como seguramente lo recordarán algunos de los presentes, cuando vino a Chile aquel hipnotizador llamado Onofroff, en el proscenio de nuestro Teatro Municipal, a numerosos hipnotizados les hacía creer que masticaban y comían plátanos cuando estaban masticando velas de esperma. Pero era necesario que tal operación se practicara en el estado hipnótico, porque en el de vigilia, ninguno de los experimentados habría saboreado la vela con la misma fruición que la exquisita fruta tropical.

Más, en las bodas de Caná, a donde llegó Jesús al momento del banquete, no había tiempo para hipnotizar a toda la gente que allí se encontraba; el poder sugestivo de Jesús, todavía no podía impresionar, porque como allí en Caná hizo el primer milagro, su reputación de taumaturgo no existía; fué un invitado como los demás, un amigo de los novios e hizo el milagro por pedido de su madre. Sugestión e hipnotismo requieren preparación previa del sujeto y por lo menos cierta predisposición en su temperamento nervioso y en su estado psíquico; y no es un banquete seguramente, la ocasión más propicia para hacer una demostración hipnótica, que requiere serenidad, ambiente calma, y media luz y silencio. La hipnotización o sugestión en la sala de las bodas de Caná habría sido general; hipnotizada María, hipnotizado Juan y los demás discípulos; hipnotizados los dueños de casa, los novios y los sirvientes y todos paladeando hasta el último del banquete un buen vino que no era sino agua del aljibe.

¡Ah! Francamente, es más cuerdo creer en la relación del evangelista que tomarse

del absurdo de la hipótesis general que no tiene pruebas de ninguna especie y que no es sino el último recurso para explicar, sin lograrlo, el primer milagro de Jesús.

Pasemos a otro. Jesús, seguido por una enorme muchedumbre se había dirigido a un sitio desierto cerca de Betsaida y del lago Tiberiades; queriendo escapar a la pesquisa de Herodes. Después de haber degollado al Bautista, se proponía encontrar a Jesús. Era tarde y toda esa multitud estaba sin comer; el lugar desierto y no había donde procurarse el alimento. Los discípulos se acercaron al maestro para decirle que despidiera a esa gente para que fuera a buscar alojamiento y hallara qué comer en las villas o aldeas del contorno. Como Jesús les dijera: "Dadles vosotros de comer", los discípulos le contestaron que nada tenían; pero Andrés, hermano de Simón Pedro, le dijo: "Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces, más qué es esto para tanta gente?" "Eran como cinco mil. Entonces Jesús, tomando los peces y panes del muchacho, levantando los ojos al cielo, los bendijo, los partió y los distribuyó a los discípulos para que los sirvieran a la gente que había ordenado sentarse en grupos de cincuenta. Y todos comieron y se saciaron y sobraron doce cestos que fueron guardados.

He aquí como los cuatro Evangelistas, narran el milagro de la multiplicación, con esa sencillez que trasluce la verdad, con ese cúmulo de detalles, todos concordantes pero no copiados unos de otros, sino que complementándose mutuamente, dan a la relación todo el aspecto de un hecho vivido y presenciado por los testigos que lo refieren.

Si el hecho hubiese sido inventado por Mateo, Lucas, Marcos y Juan, que escribieron sus Evangelios después de muerto y crucificado el taumaturgo, ¿no habrían protestado y echado en cara a los falsos escritores, aquellas cinco mil personas que se saciaron con los cinco panes y los dos peces del muchacho?

Con razón dice en su célebre obra "Jesucristo", el jesuita Leonce de Grandmai-

son: "Negad el hecho, si lo podéis, en buena hora, pero si el hecho está comprobado, reconoced que supera las fuerzas humanas".

Puede el hombre hacer pan con harina, agua y fuego; puede dividir cinco panes en mil fracciones; pero el hambre de esas cinco mil personas que comieron en el desierto no podía satisfacerse con corpúsculos infinitesimales de pan ni ser llenados doce canastos con las sobras. La multiplicación de los panes no fué una división sino una verdadera creación, algo sobrenatural que no tiene otra explicación que el poder infinito de Jesús.

O se reconoce la veracidad de los Evangelios o se les niega; si lo primero que está probado por la santidad y martirio de los evangelistas, el milagro no es discutible; si lo segundo hay que probar la falsedad y demostrar que el hecho no ocurrió, y esto, nadie, ningún crítico racionalista, ha podido comprobarlo. La negación del milagro de los panes es una negación filosófica, mental, no una negación del hecho con pruebas que demuestren su inexistencia.

Este mismo prodigio lo realizó Jesús en otra ocasión, multiplicando siete panes con los cuales dió de comer a cuatro mil personas que lo seguían.

¿Creéis, señores, que si la primera multiplicación hubiera sido una farsa, una especie de prestidigitación o acto de magia, las turbas habrían continuado en pos de Jesús?

De tal manera estos milagros impresionaron a los testigos, que Jesús tuvo que apartarse de la muchedumbre que quería ya llevarlo a Jerusalén y proclamarlo rey.

Llegamos a las curaciones de Jesús, las cuales, o son negadas por el racionalismo, o explicadas como resultante de una fuerza psíquica sugestiva en Jesús, o por actos de auto-sugestión. De esta clase de argumentos habré de ocuparme al hablar de Lourdes. En la somera relación que hago de los hechos sobrenaturales de Jeruraciones extraordinarias, inexplicables, sús, me referiré únicamente a aquellas en las cuales el factor psíquico, activo o

pasivo, no desempeña ni puede desempeñar papel alguno.

La lepra era una enfermedad muy conocida del pueblo judío y ya estudiada por Hipócrates, que vivió cuatrocientos sesenta años antes de Jesucristo.

Los Evangelistas refieren dos curaciones absolutas hechas por Jesús de once leprosos. La primera la realizó cuando bajó de la montaña después de haber pronunciado el gran sermón. Se acercó a él un hombre todo cubierto de lepra y le dijo: "Señor, si tú quieres puedes curarme". Y Jesús le tocó diciendo: "Quiero; sé curado". Y de repente desapareció la lepra. La segunda, cuando iba camino de Jerusalén, atravesando la Samaria y le salieron al encuentro diez leprosos, los cuales se pararon a lo lejos y levantando la voz le dijeron: "Jesús, tén lástima de nosotros", y él les dijo: "Id, y mostraos a los sacerdotes", y cuando iban, quedaron curados. Jesús ordenó a los leprosos que se presentaran a los sacerdotes del templo, porque el leproso no podía entrar a él ni residir en la ciudad: la lepra era una enfermedad infamante.

Han transcurrido cerca de mil años desde la fecha de estas curaciones; no hay ningún documento que pruebe que no fueron verdaderas; ni la ciencia médica, hasta el momento en que hablo, ha sostenido que la lepra sea una enfermedad del sistema nervioso susceptible de ser curada por procedimientos súbitos y menos instantáneos, de fuerzas o acciones psíquicas. La terapéutica de la lepra, caso de ser curable, será en todo caso lenta, para poder producir la reconstitución de los tejidos celulares enfermos.

En los casos que hemos descrito de los leprosos de Galilea, la curación es brusca, instantánea; a la petición de esos desgraciados que suplican a Jesús que se apiade de ellos porque ya sabían o habían oído el poder sobrenatural que tenía sobre toda enfermedad. El, con sencillez, sin aparato alguno, les de la salud, diciéndoles: "Quiero; sed sanos".

¿Tenían esos leprosos esa fé ciega, esa

constatado la muerte. Jesús les ordenó a todos los testigos que guardaran silencio y no contaran el milagro.

La viuda de Naim era sin duda una mujer importante, pues cuando llevaban a enterrar a su hijo único, iba ella en el cortejo con grande acompañamiento de personas de la ciudad. Al verla Jesús tan entristecida, se movió a compasión y le dijo: "¡No llores!". Y se acercó al féretro y lo tocó, y los que lo llevaban en brazos se detuvieron y dijo Jesús: "¡Muchacho, yo te lo mando, levántate!" Y el difunto se incorporó y empezó a hablar y Jesús se lo devolvió a su madre. Los testigos de este hecho se llenaron de temor y glorificaban a Dios diciendo: "Un gran profeta ha aparecido entre nosotros", y la noticia de este milagro se esparció por toda la Judea.

En las resurrecciones operadas por Jesús, referidas con tanta minuciosidad y precisión como sencillez por los Evangelistas, Jesús parece haber escogido los tres estados en que puede encontrarse el muerto: primero, en su lecho; segundo, en el camino al sepulcro, y tercero, en el sepulcro mismo.

En el lecho resucita a la hija de Jairoá en el féretro, camino del cementerio, al hijo de la viuda, y en el sepulcro a Lázaro.

La muerte de los dos primeros, no es menos efectiva que la del último; fueron meros los testigos que la presenciaron y confirmaron; no puede tratarse de muerte aparente; Jesús no era un médico de profesión que, si se le considera como hombre, fuese capaz, por conocimiento, estudio y ejercicio de la profesión, de discernir mejor que los demás testigos, la realidad de la aparición de la muerte.

Y llegamos finalmente, al caso de Lázaro, que es interesantísimo.

Estaba enfermo en Betania; Jesús también se encontraba allí; las hermanas de Lázaro le enviaron a dar la noticia, diciéndole: "Aquel a quien amas, está enfermo". Pero parece que Jesús no fué a visitarlo aunque se quedó dos días en ese

lugar y se marchó a la Judea con sus discípulos. Entre tanto, Lázaro había muerto y Jesús que lo amaba mucho, como asimismo a Marta y María, volvió a Betania para consolarlas. La tierna escena que describe San Juan al salir Marta y María al encuentro de Jesús diciéndole: "Señor, si hubieras estado aquí, no hubiera muerto nuestro hermano", y la respuesta de Jesús: "Tu hermano resucitará". Las lágrimas de las dos hermanas, de los amigos del difunto y el amor que le tenía a Lázaro, conmovieron a Cristo y sus ojos se le arrasaron en lágrimas con sollozos que le salían del corazón. La llegada de toda la comitiva a la gruta donde estaba, desde hacía cuatro días, sepultado y ya mal oliente, el amigo de Jesús; las palabras de Cristo: "¡Lázaro, sal fuera!" La salida de Lázaro del sepulcro amortajado con una sábana y atado con fajas desde los hombros hasta los pies, envolturas y ligaduras que fueron desatadas, todo estos detalles descritos en una forma tan natural, tan humana, tan sencilla, circunstanciada y minuciosa, tan conmovedora por el discípulo testigo de estos hechos y en los cuales aparecen como protagonistas esas dos mujeres que acompañaron a Jesús hasta el Calvario, dan a la resurrección de Lázaro todo el carácter de un hecho real y comprobado, al cual parece uno asistir.

Pero todavía, hay un detalle importantísimo. Lázaro resucitado, estaba presente en la cena de Betania, que tuvo lugar muchos días después, cuando su hermana María derramó sobre los pies de Jesús el unguento de nardo puro y los secó con sus cabellos.

Fué tal el efecto que produjo esta resurrección que fueron innumerables los judíos que creyeron en Cristo, lo cual sabido por los príncipes de los sacerdotes y fariseos, se juntaron en consejo y dijeron: "¿Qué hacemos? Este hombre hace milagros. Si le dejamos así, todos creerán en él y vendrán los romanos y arruinarán nuestra ciudad y la nación". Siempre con la idea que Jesús, haciéndose Mesías, declarararía la guerra al Imperio de Roma, y

que ésta se apoderaría de Jerusalem y de la Judea”.

La resurrección de Lázaro, fué la gota que rebalsó la copa de hiel del Sanhedrín que desde ese momento no pensaba sino en dar muerte a Jesús y se la dió. Pero, aquel que había dado la vida a la hija de Jairo, al hijo de la ciudad de Naim, y a su amigo Lázaro, se la dió a sí mismo, resucitando glorioso al tercero día de sepultado, resurrección que es fundamento de nuestra fe, que descansa en documentos irredargüibles y en una tradición no interrumpida de dos mil años y consagrada por la virtud, por la santidad, por el martirio y por la verdadera opologética y exégesis cristiana que ha unido estrechamente la fe a la razón, para proclamar la Omnipotencia de Cristo, o sea, su divinidad.

TERCERA PARTE

LOURDES

El primero de los milagros de Jesús lo hizo en Caná de Galilea a petición de su madre; por intervención de ella, desde hace 71 años, los viene repitiendo en Lourdes.

Aquellos han podido escapar al examen de la ciencia médica de nuestros días; los últimos están a su disposición para que los analice como quiera.

No me voy a ocupar de Lourdes como santuario de la fe, de la resignación y de la caridad. Se han escrito páginas tan hermosas sobre ese lugar extraordinario, que me siento impotente de hacer una descripción de Lourdes, en los momentos de las grandes peregrinaciones, en las que, al menos para mí, son más grandes los milagros invisibles que las curaciones que allí se realizan. Como muchos de vosotros, me he encontrado en la gruta en esos días en que fluyen del mundo entero millares de enfermos del cuerpo, con males horrosos, con deformaciones y llagás purulentas que causan horror y espanto. Allí he visto verdaderos esqueletos humanos

que respiran; los he visto de todas edades, de todas condiciones, inmóviles en sus camillas; los he visto frente a la gruta, en fila, como un regimiento que presenta armas de las más horribles y repugnantes miserias humanas a la Mater Dolorosa, a la Consolatrix Afflictorum.

No me ha tocado la suerte de presenciar un milagro de curación, pero los actos de caridad sublime y de resignación sonriente al dolor, sin una queja, sin una protesta porque el mal no desaparece ni se amortiguan los crueles dolores, mirando siempre con amor, siempre con confianza hacia la imagen de la gruta y ofreciendo el holocausto de esos sufrimientos, por conseguir gracias espirituales para unos o temporales para otros. Todo eso lo he visto y es eso lo que constituye el milagro invisible de Lourdes, solamente explicable por la fe y por la gracia de la intervención de la que se llamó. “¡Yo soy la Inmaculada Concepción!”

Yo quiero hablar de Lourdes únicamente desde el punto de vista del milagro, del milagro verdadero, comprobado, documentado, de las curaciones que no tienen ni pueden tener explicación natural.

Alguno de mis distinguidos oyentes habrá leído el libro de Zola, “Lourdes”, y tal vez le haya llamado la atención la descripción que hace de las piscinas donde se bañan los enfermos. Con ese realismo brutal del novelista francés, así las describe: ‘Por temor que el agua no alcance, los padres de la gruta, no mudan el agua sino dos veces al día, y como en la misma agua se sumergen diariamente cerca de cien enfermos, es fácil imaginarse que ca’do terrible resulta. Allí se encuentran de todo: filamentos de sangre, pedazos de piel, costras, hilas y vendas, un espantoso consomé de todos los males, de todas las llagas, de todas las podredumbres. Parece un verdadero cultivo de gérmenes venenosos, una esencia de los más temibles contagios”.

Pero, lo que dice Zola, es que “en esto estriba precisamente el milagro de Lourdes”, como declara Huysmans. A pesar

de toda esa repugnante e infecciosa piscina, en la que se bañan desde temprano hasta el atardecer, enfermos, heridos y llagados de toda clase, de todas edades, aún en estado gravísimo, no se sabe de contagios ni de accidentes.

Las más elementales reglas de la higiene y de la medicina no son tomadas en cuenta y, sin embargo, el hecho es el hecho y lo puede comprobar quienquiera: ni contagios, ni agravación del mal. La mortalidad en Lourdes es insignificante.

Más de 2,350 médicos de Francia y de otros países, han declarado por escrito y con su firma en nombre de la ciencia y de la higiene que no conocen ningún caso de contagio en Lourdes.

Lourdes, ni es un sanatorio ni una clínica y si se le considera como tal, su prestigio curativo sería de escaso valor si se toma en cuenta el número de enfermos que acuden y el porcentaje reducidísimo que obtiene la curación. Son centenares de miles los que anualmente van a la gruta a rogar por su mejoría y son poquísimos los que resultan sanados. Peregrinaciones enteras, vuelven a sus países y regiones, con todos sus enfermos, sin poder contar una sola curación. Regresan consolados, robustecidas las fuerzas espirituales que dan la resignación, pero sanados, no.

El milagro que es una suspensión de las leyes físicas y biológicas de la naturaleza, con un fin sobrenatural de parte de Dios, no ha de ser algo que se repita con tal frecuencia y constancia, que lo anormal y extraordinario, constituya lo normal y natural, porque entonces el autor de la naturaleza a la cual dictó leyes permanentes y fijas, anularía esas leyes y trastornaría constantemente todo el orden por él establecido, y esto sería contrario al orden de la providencia que obra de un modo normal por medio de las causas segundas naturales y no por medio de actos extraordinarios que se los reserva para sí libremente, por razones de orden sobrenatural, sin que nada ni nadie, pueda obligarlo a producirlos o reproducirlos.

Los enemigos del milagro no niegan ciertas curaciones de Lourdes, pero las atribuyen exclusivamente a fuerzas sugestivas, auto-sugestivas, que el gran Charcot, aunque nunca fué a Lourdes, llamó "la fé curativa", "faith feeling". Son las curaciones de los neurópatas en sus diversas manifestaciones debidas al poder de la fe, a la influencia sugestiva del medio de Lourdes, con sus trenes de enfermos, sus procesiones, invocaciones en voz alta, sus cantos, sus lamentaciones, sus gemidos, en una palabra, con ese ambiente de piedad, de dolor, de esperanza, de misticismo comunicativo impresionante e impresionable, que en temperamentos nerviosos, trae conmociones y reacciones violentas de la psiquis y del sistema nervioso debilitado o atrofiado, capaces de producir curaciones instantáneas al parecer inexplicables.

Reconozcamos que la sugestión y que la auto-sugestión pueden producir esas reacciones y curaciones, y que mediante el hipnotismo también se llega a tales resultados. Reconozcamos también que el mentalismo, la "mind-cure" de Mrs. Eddy, fundadora de la Christian Science, secta médico-estoica religiosa de Estados Unidos, hace curaciones por medio de la sugestión religiosa.

Pero en Lourdes, precisamente se descalifica en la oficina de contestación Médica, todas aquellas curaciones de enfermos nerviosos en los cuales la sugestión propia o causada por el medio ambiente pudieran explicar el desaparecimiento del mal. Y esto que afirmo se puede comprobar en los estudios de los doctores Boisserie, Le Bec, Van der Erst, Marchand, etc. que he tenido a la vista y que por no alargar la materia, no reproduzco.

Si la fé curativa, la "faith feeling" explica las curaciones de Lourdes, ella presume necesariamente la fé en el enfermo; sin embargo, hay innumerables casos de curaciones de individuos sin fé que llegan a Lourdes, por dar gusto a sus familias, y de niños de corta edad en que la fuerza psíquica de la auto-sugestión, de la fé pro-

pia o de la sugestión de la muchedumbre, no existe evidentemente, ni puede existir.

¿Qué sugestión, qué fé curativa pueden explicar las curaciones instantáneas del chico Le Maisle, de dos años y medio, con parálisis infantil; del de un año Pablito Mercere, de doble hernia congénita; de Ivonne Aumaitre, de dos años, y que era patizamba de nacimiento, etc?

El caso de Gabriel Gargam, es un documento que prueba que los milagros de Lourdes, suelen producirse sin que medie la fé de parte del enfermo.

Gargam era empleado de la Compañía del Ferrocarril de Orleans. En un choque del tren en que viajaba, fué lanzado a 18 metros de la vía; el accidente tuvo lugar la noche del 17 de diciembre de 1899. Al día siguiente fué recogido y llevado moribundo al Hospital de Angulema; estaba lleno de heridas; quebrada la clavícula; paralizado desde la cintura para abajo; no podía tragar, había que alimentarlo por sonda. El accidentado entabló pleito a la compañía por indemnización; los informes médicos fueron de que el enfermo era incurable; la compañía fué condenada a darle una pensión anual de 6 mil francos y una indemnización de 60 mil francos. El enfermo siguió agravándose y se le declaró gangrena en los piés. En estas circunstancias, aunque Gargam no era creyente, la familia consiguió de él que aceptara ser llevado a Lourdes después de 20 meses de enfermedad. Al pasar en el tren al enorme Cristo de Lourdes, erigido sobre la montaña del Via Crucis, su madre se lo señaló y le pidió que lo mirara, que le enviara un beso o que siquiera lo saludara. Gargam se negó y dió vuelta la cabeza para otro lado porque no era creyente. La familia lo llevó a la piscina, fué sumergido en ella e instantáneamente se mejoró por completo. Su curación no fué efecto de la fé curativa de que habla Charcot ni de sugestión alguna.

Pero hay más aún; en Lourdes las curaciones aún aquellas que pudieran ser exclusivamente de enfermedades nerviosas, o de origen nervioso no guardan ninguna

relación aparente con la fé de los enfermos.

Cualquiera que haya estado allí y presenciado esas escenas y demostraciones de fé, de esa fé y confianza absoluta en el poder de la Virgen de la Gruta, que haya escuchado esas peticiones desgarradoras, a veces en voz alta, otras en voz baja, con los ojos bañados en lágrimas, en que enfermos y parientes y amigos que los rodean, piden sin cesar la curación, el milagro; cualquiera que haya visto esas religiosas y religiosos que han vivido una vida entera de fé, de oración, de privaciones y sacrificios, y que, recostados sobre las camillas de enfermos piden también la salud, si ella ha de ser conforme a la voluntad divina; cualquiera que juzgara que la fé curativa es la fuerza psíquica subjetiva que produce las curaciones milagrosas de Lourdes, se encontrará decepcionado, porque ellas, cuando se realizan, no parece que fueran el resultado de actos de fé, y de confianza excepcionales. Generalmente recaen en personas sencillas, del bajo pueblo, en enfermos en que la salud recobrada no pareciera ser la solución del problema de una vida.

Imposible es medir la fé de los enfermos y hacer comparación de ella. Pero, supongamos que el término medio de los peregrinos de Lourdes tengan un mismo grado de fé y de confianza en su curación que es lo más lógico suponer, ya que la casi totalidad van allí con la esperanza de ser sanados ¿cómo se explica entonces, que la "fé curativa", causa constante y científica de ellos, como se pretende, solo en raros casos obra, y cuando obra, procede sin regla, ni orden ni medida? ¿Es esta una explicación científica de los hechos sobrenaturales de Lourdes? Evidentemente que no.

La fé curativa, la "fait feeling", si es algo puramente subjetivo, del sub-consciente, estimulado por el medio y ambiente impresionante de Lourdes, aún en la hipótesis de que solo se curan allí los neurópatas o psicópatas, probaría el milagro de Lourdes en esa clase de enfermos, que van

allí después de haber agotado los tratamientos y medicamentos de los mejores médicos del mundo, que seguramente usaron para con ellos de toda sugestión incluso de la "faith fealing".

A Lourdes, raro es el que va de primera mano, si me permitís la frase vulgar; allí acuden los desencantados, los desahuciados de la ciencia, los que ya no encuentran otra esperanza de la salud. Y van allí cuando ya las fuerzas físicas están casi agotadas, cuando el sistema nervioso casi no responde, cuando la voluntad está muy debilitada, y cuando, por tanto, esas fuerzas psíquicas del consciente o del sub-consciente de que se habla, han perdido gran parte de su vigor.

Si queda una fuerza en esos enfermos, no es una fuerza vigorosa y curativa, que bien pudo producir su efecto antes de llegar a Lourdes, sinó una esperanza, no una convicción de curación, que en nada, racionalmente, se fundaría, puesto que como he dicho, son raras las curaciones en Lourdes.

Antes de entrar a ocuparme de curaciones milagrosas, en las que nada tiene que ver el sistema nervioso, me permitiréis, señoras y señores, algunas breves observaciones.

La gran mayoría de los médicos, no hablo de mis compatriotas, niegan el hecho de tales curaciones en Lourdes y las atribuyen a reacciones nerviosas o psíquicas, y cuando se encuentran en presencia de enfermedades, fracturas o lesiones que no son del orden nervioso, entonces declaran el error del diagnóstico y la incompetencia profesional de sus colegas.

Fuera de que son numerosísimos los médicos de todos los países que han certificado las curaciones milagrosas de Lourdes, muchos de ellos médicos y cirujanos de hospitales de grandes ciudades y profesores universitarios, es indudable que aún sin ser una eminencia mundial, se pueden conocer ciertas enfermedades, como la tuberculosis, el cáncer; ver y tocar que-

braduras y deformaciones, llagas, fístulas, úlceras, etc.

No por el hecho de que un médico sea creyente y practicamente de su fé, pierde sus conocimientos científicos. El reconocimiento de parte de un médico, de una curación sobrenatural, milagrosa, más bien le es perjudicial profesionalmente, dada la atmósfera materialista en que se desarrolla la ciencia y la práctica médica, y el ambiente poco religioso de la sociedad moderna. De manera que el testimonio del milagro, por uno o más médicos, tampoco puede ser tachado de utilitarismo profesional.

Muchas de las enfermedades que se han curado en Lourdes, han podido ser curadas naturalmente, pero mediante tratamientos más o menos prolongados; más, lo extraordinario, lo contrario a la naturaleza y a las leyes de la biología, es la forma como ellas se han producido en la gruta, instantáneamente, y sin convalecencia.

Veamos algunos casos.

Se trata de un joven estudiante de medicina, atendido en 1904 por el Dr. Desplats, profesor de clínica médica en la Facultad Católica de Lille. Tenía una peritonitis tuberculosa. Se le hizo la paratomnía el 19 de marzo; se le extrajeron de 10 a 12 litros de líquido y según el certificado del cirujano operador, se constató la existencia de numerosos tubérculos en el peritoneo e intestinos y múltiples adherencias. La operación alivió bastante al enfermo, pero dos meses después aumentaron los dolores, el pulso subió a 120 pulsaciones y la temperatura a 39 grados. Se le había formado una fístula que dejaba escapar gases y materias intestinales. El pronóstico médico fué fatal y a corto plazo. En este estado, resolvió el joven enfermo ir a Lourdes y ayudado por inyecciones de morfina y un poco de cloral soportó bastante bien el largo viaje de 36 horas.

El primero de septiembre durante la procesión del Santísimo, el joven enfermo en su camilla, sintió fuertes dolores al vientre, y como una especie de comprensión

por un tornillo. Comprendió que algo extraordinario le ocurría y que estaba sano. Se lo dijo a su madre en secreto y nada manifestó a los demás, porque como estudiante de medicina y futuro médico no quería decir algo que no estuviera totalmente comprobado y de lo cual no existiera ninguna ilusión.

En realidad la físcula se había cerrado y cesado en consecuencia toda emanación de gases y materias intestinales. Recuperó rápidamente las fuerzas perdidas y el estudiante, bueno y sano, salió el 10 de septiembre, a viajar por Bélgica y Holanda, pudiendo continuar sus estudios y graduarse de doctor.

El caso de este joven fué llevado a la Sociedad de Ciencias Médicas de Lille, y reconocido que la curación de esta tuberculosis, con perforación intestinal, en la forma brusca y repentina en que se realizó, no es, ni puede ser, natural, sinó sobrenatural, por lo tanto, milagrosa. No hay duda que en este caso, como en muchísimos otros, que he leído en el libro "Pruebas médicas del milagro" del Dr. Le Bec, cirujano del Hospital de San José de París, no cabe pensar en sugestión ni en auto-sugestión.

Veamos otro.

Amelia Hebert, de 51 años, con antecedentes hereditarios tuberculosos, de físico pobrísimo, que tuvo varios hijos que murieron de meningitis tuberculosa, y tuberculosa ella misma como se comprobó al examen del desgarro que contenía en abundancia bacilos de Kock, con cavernas pulmonares, antrax en la cadera, con una gran llaga, etc., etc. Llegada a Lourdes el 21 de agosto de 1900, y omitiendo detalles, fué bañada en la piscina e inmediatamente siente un gran bienestar. La llaga del antrax desaparece, cesa la tos, las expectoraciones, los vómitos, y le viene un gran deseo de comer. Examinada más tarde, al regreso a su pueblo, el esputo no contiene bacilos de la tuberculosis. En 1907, siete años después, se la sometió a la reacción de la tuberculosis y no dió ninguna reacción positiva ni elevación de

temperatura. Esta enferma siguió siendo observada y en 1910 sana y en excelente salud, trabajaba acarreado piedras, trabajo que no parece liviano, y sus pulmones no tenían nada de anormal.

Estos casos e innumerables otros relativas a curaciones bruscas de tuberculosis pulmonar, de mal de Pott ó de lupus horroroso que podría seguir enumerando, no son explicables por la ciencia médica, porque la tuberculosis, cuando es curable, jamás su curación es instantánea, o por lo menos tan rápida y tan sin tratamiento como han sido las de Lourdes.

Pasemos a curaciones de otro orden.

Catalina Lapayre, sufría de un cáncer a la lengua; había sido ya operada y el cáncer había reaparecido con invasión de los ganglios del cuello y dado al enfermo ese tinte ceroso, manifestación de un estado caquético y de infección en la circulación a causa de los toxinas secretadas por las células cancerosas al organismo de la enferma. En este estado llegó a Lourdes en enero de 1899.

He tenido a la vista una fotografía de esta enferma en la cual se ve cortada y desprendida como la mitad de la lengua y toda ella cubierta de ulceraciones; junto a esta fotografía he visto la de la misma enferma, con su lengua buena y sana, cicatrizada por completo después de una novena de Lourdes durante la cual lavaba la lengua en el agua de la fuente. La enferma siguió siendo observada por largos años y la curación persistió.

Hasta ahora nadie ha sostenido que el cáncer sea curable por la "faith fealing" o fé curativa o sugestión.

En una estadística practicada desde 1856 a 1904 y publicada por Bertrin, se encuentran las siguientes cifras: 892 curaciones de tuberculosis de diverso género; 694 del aparato digestivo; 106 del circulatorio; 182 del respiratorio; 143 de la médula; 530 del cerebro; 155 de los huesos; 206 de las articulaciones; 42 de la piel; 119 de tumores; 170 de reumatismo; 22 de cáncer; 54 de llagas; 55 de ciegos; 24 de mudos; 32 de sordos.

Quisiera para terminar con los milagros de Lourdes, citar un caso interesantísimo ocurrido en otra gruta de Lourdes, construída como las hay en tantas partes del mundo, incluso en nuestro país, a imitación de la de los Pirineos.

El caso ocurrió en la gruta de Oostacker, cerca de Gantes, en Bélgica.

Se trata de un leñador llamado Pedro Ruddér, al cual un árbol que le cayó sobre la pierna le quebró la tibia y el peroné. Fué atendido por el cirujano que le entablilló la pierna, pero después se le produjo una fuerte infección con supuración y se le formaron llagas gangrenosas. Fué visto por varios doctores y al final se había resuelto cortarle la pierna, pero el herido se opuso. Vivió así con muletas y lavándose las llagas dos o tres veces al día, durante ocho años. El estado de la pierna era tal, que los huesos quebrados por efecto de la infección habían disminuído de extensión y producido una separación de tres centímetros entre los extremos de la quebradura y salían a la superficie, y el pié bailaba como una cosa suelta y sin ligadura, girando por todos lados.

Llegado a la gruta pidió con fervor a la Virgen que lo curara a fin de poder trabajar, no vivir de la limosna y dar alimento a su mujer y a sus hijos. Súbitamente abandona las muletas atraviesa la fila de los peregrinos y va a arrodillarse delante de la estatua. El pié y la pierna que momentos antes estaban muy hinchados recuperan su volumen normal, de tal manera que el emplasto y las vendas cayeron al suelo; las llagas supurantes se cicatrizaron; y los extremos de los huesos quebrados se unieron y se soldaron instantáneamente a pesar de los tres centímetros que los separaban, quedando igualadas ambas piernas.

¿Pudo formarse naturalmente con los recursos naturales del organismo la materia calcárea necesaria para llenar instantáneamente el hueco de tres centímetros que separaba los extremos de la tibia y peroné quebrados? Evidentemente que nó.

Bien tentado me he sentido de reproducir el estudio del cirujano Le Bec, del Hospital San José de París, sobre la manera y lentitud como trabaja el organismo en las quebraduras de huesos, para producir la soldadura, pero sería largo.

En el caso de Rudder, todo fué instantáneo y la soldadura fué tan sólida que el enfermo salió caminando sin muleta y vivió bueno y sano 23 años más, sin que la pierna le molestara.

Es demasiado fuerte el testimonio de los hechos sobrenaturales de Lourdes para negarlos. No es posible y ya va pasando la moda de creer que todo allí es auto-sugestión, fé curativa, "faith fealing". Ante estos hechos extraordinarios, los hombres de ciencia empiezan a sobrecogerse y a pensar.

Tampoco es aceptable negar los diagnósticos y pronósticos de los médicos que han examinado los enfermos. Habrá, puede haber equivocaciones, en muchos casos; pero, suponer una incompetencia general y total a cuantos médicos han certificado sobre enfermos y enfermedades en Lourdes, pasa los límites de la prudencia y de la modestia profesional.

Creer que todos los que van a Lourdes son psicópatas; y que todos los que creen en Lourdes son ciegos e incapaces, es una ofensa que llega a centenares de miles de hombres y mujeres, que si bien no han hecho estudios especiales de medicina, ni de biología, pueden darse cuenta, porque han seguido de cerca la enfermedad de sus deudos y perdido la esperanza en la medicina de la tierra, que allí al pié de la gruta o en la esplanada de la Basílica, al pasar el Santísimo Sacramento, o en un rincón de la capilla del Rosario, se secaron bruscamente las llagas que no cicatrizaron, cesó la tos, la transpiración y la fiebre que consumía al tuberculoso.

Se ha negado el milagro del pasado porque se decía, sin fundamento, que no había pruebas científicas de los hechos

narrados; a los de Lourdes no se les puede hacer ese argumento porque son más de 400 médicos, hombres de ciencia y profesionales, los que con razones científicas demuestran que ciertas curaciones no pueden ser explicadas por la ciencia y por causas naturales, sino por una causa superior a las fuerzas de la naturaleza, y esa causa, no es sinó Dios que obra por medio de su madre, intercesora y poderosa, que con razón es llamada Consuelo de los afligidos, y Salud de los enfermos.

Negar por negar, y porque sí, y cerrarse a toda demostración, me parece que es lo menos científico que puede darse.

Lourdes está abierto a la ciencia; nadie

tiene interés en inventar o considerar como milagro lo que no lo es.

Pero, si Lourdes es un lugar escogido, no para curar nerviosos sino para hacer ver a los hombres el poder sobrenatural de Dios y el valor inagotable de la intercesión de María, la buena fé científica y la buena disposición del espíritu, libre de prevenciones, de vanidad y de amor propio, podrán con el estudio desapasionado aportar a la conquista de la fé, del amor, del consuelo y de la esperanza, todo el contingente del prestigio científico de los hombres de ciencia.

Lourdes puede llegar a ser, al pié del trono de la sabiduría, el foco de unión entre la ciencia y la fé.



Socialismo y Cristianismo

Por O. Eliseo Cisternas Peña

En sus "Confesiones de un revolucionario", escribió Proudhom estas palabras: "Es cosa que admira ver de que manera en todas nuestras cuestiones políticas tropezamos siempre con la teología".

A esta observación contesta Donoso Cortéz, el gran filósofo español, en la siguiente forma: "Nada hay aquí que pueda causar sorpresa, sino la sorpresa de Mr. Proudhom". Y agrega: "La teología, por lo mismo que es la ciencia de Dios, es el océano que contiene y abarca todas las ciencias, así como Dios es el océano que contiene y abarca todas las cosas".

Y con una erudición reveladora de la profundidad de sus estudios, cita a Platón que en el Libro Diez de sus Leyes dice: *Omnius humanae fundamentum convellit que religionem convellit*, o sea que la religión es el fundamento indestructible de toda sociedad humana: a Sócrates, citado a su vez por Jenofante: "que las ciudades y naciones más piadosas han sido siempre las más duraderas y más sabias"; a Plutarco "que es más fácil fundar una ciudad en el aire, que constituir una sociedad sin la creencia de los dioses"; a Rousseau, que en el Libro Cuarto, capítulo octavo de su Contrato Social, observa "que jamás se fundó estado ninguno sin que la religión le sirviese de fundamento"; a Voltaire, que en su Tratado de Tolerancia, capítulo veinte, dice que allí donde hay una sociedad, la religión es de todo punto necesaria".

Recuerda a Polibio que declaró que el santo temor de Dios era más necesario en los pueblos libres y que entre los pueblos de la antigüedad el romano fué el más grande, porque fué el más religioso.

Y al lado del ilustre marqués de Valdegamas, citaré yo a nuestro jurisconsulto Fábres, no menos ilustre que él, quien dice

que la Ley es santa e inviolable, lo que importa darle un sello religioso y por eso el medio de que se vale para garantizar su cumplimiento se llama sanción.

Existe, pues, el consenso universal de que toda sociedad humana tiene un fundamento religioso; y al sorprenderse Proudhom, encarnación junto con Marx del socialismo moderno, de este hecho que se imponía a su conciencia, reconoce su existencia y se apresta a combatirlo. Porque es necesario que nosotros lo reconozcamos a nuestra vez: el socialismo es ante todo y sobre todo antirreligioso; es demoledor de toda creencia en lo sobrenatural, cualquiera forma en que se presente. Para el socialista, la religión es el primero y principal obstáculo al desarrollo de sus ideas. En un país en que haya religión, el socialismo es imposible; por eso es necesario extirparlo, arrancar de los espíritus toda esperanza en el más allá y reemplazar con el ateísmo la creencia de Dios.

Esta es la misión principal que el socialismo se ha impuesto, y explotando algunas doctrinas verdaderas porque, como dice Spencer, en el fondo de las ideas más erróneas hay un principio de verdad, persigue la sustitución del orden social cristiano fundado en los Evangelios por otro simplemente humano que tiene sus raíces en las escuelas materialistas.

Así Dios, creador y supremo legislador del Universo, como lo reconocía nuestra Constitución del 33 es sustituido en las modernas repúblicas socialistas por una persona ficticia, que se llama Estado o Corporación; lo mismo que en el año terrible de la revolución francesa se substituyó el crucifijo en los altares por una mujerzuela.

Y, siendo este el fin primordial del socialismo, no deja de llamar la atención que los escritores católicos, no lo hayan

combatido en el mismo terreno en que él ha plantado su estandarte.

Hasta aquí al socialismo se le ha combatido en el terreno de la economía política o social; se ha demostrado que la sustitución que persigue del individualismo por el estatismo es contraria a la naturaleza humana y a su propia dignidad porque somete al hombre al férreo poder del Estado que viene a reemplazar a los déspotas que en los tiempos antiguos gobernaban Asiria y Egipto, Méjico y Perú; se ha recordado que dondequiera que este régimen se ha establecido no ha habido iniciativa individual, no ha existido progreso ni en las letras ni en las artes; que los espíritus apocándose poco a poco, concluyen por evilecerse y que el ser creado por Dios a su imágen y semejanza, se convierte en un mísero esclavo que, a la sola vista del amo, se posterna humildemente como si estuviera en presencia del Ser Supremo.

El derecho de propiedad, uno de los principales fundamentos del orden social, que más que de derecho civil, es de derecho natural, porque está fundado en la naturaleza humana, ya se considere ésta en su esencia o en su propio desenvolvimiento, ha sido negado por el socialismo.

La propiedad es el robo, dijo Proudhom: y a este grito audaz se ha contestado demostrando su existencia, y como, sin él, la sociedad perecería, porque faltaría su principal estímulo.

Y no es que creemos que el derecho de propiedad es absoluto, sino limitado a las necesidades del hombre.

La facultad de usar y abusar, *utere abutere* de la legislación romana, ha sido restringida por el cristianismo a solo lo primero, al uso legítimo o sea al de satisfacer las necesidades propias del individuo dentro del ambiente en que vive. — El abuso, o sea el mal uso de los bienes, está condenado por las leyes de la Iglesia. Esta es la limitación del derecho de propiedad, en sí perfectamente legítimo porque tiene su raíz, más que en las conven-

ciones de los hombres, en el reflejo de la personalidad humana.

En el terreno propiamente social, la familia es lo primero que a nuestro vista se presenta como la célula constitutiva de la sociedad.

Pues bien, ¿qué es la familia para el socialismo avanzado? Oigamos a la señora Alejandra Kolontay, embajadora de los Soviets. La familia, dice es un resto del pasado, ha dejado de ser una necesidad para los miembros que la componen como para el Estado mismo; es, por el contrario un estorbo que desvía a algunos de sus miembros de otros trabajos más productivos y más importantes. La familia, agrega, es el marido y la mujer unidos y separados de la comunidad. ¿Tenemos necesidad de eso? Evidentemente no.

Estos conceptos que a nosotros nos causan pavor, son sin embargo, consecuencias lógicas de la Ley de 1918 sobre matrimonio en Rusia. Según esta Ley, el matrimonio se verifica por una simple inscripción en un registro público. Pero esta inscripción no es una solemnidad del contrato, sino un requisito de publicidad como un medio técnico probatorio de un hecho determinado. En la ley rusa el divorcio con disolución del vínculo se efectúa no solo por el mútuo consentimiento de los cónyuges, sino por la simple voluntad de uno de ellos, que no necesita fundarse en causal alguna.

Que queda de la familia dentro de este régimen? Nada, la célula que ha desaparecido tragada por el Moloch que se llama Estado.

A estas enormidades responde el cristianismo diciendo que la familia no es fruto de un simple contrato humano y que el matrimonio es una institución divina y por eso es un Sacramento con todos los deberes y responsabilidades que de él se derivan.

Para el socialismo no hay entre los cónyuges otros deberes que el de socorrerse mutuamente; no hay ni siquiera el de la fidelidad. Para el cristianismo los cónyuges

ges deben amarse como Dios amó a su Iglesia y permanecer unidos hasta el fin de sus días.

Existe, pues, una diferencia fundamental entre el socialismo y el cristianismo en lo que al matrimonio se refiere. Para el socialismo el matrimonio es un contrato que puede disolverse a voluntad de cualquiera de las partes y sin necesidad de expresar causa; para el cristianismo, el matrimonio ante todo es un sacramento que liga a los esposos mientras dure su peregrinación en el mundo. Lo que Dios ha unido que el hombre no lo separe.

Y como todo lo actualmente existente, no quieren recordar que en Rusia, para los comunistas puros, el matrimonio debe suprimirse como institución de derecho y reconocer como tal cualquiera unión de hecho.

Aquí tenéis, señores, una de las principales diferencias entre el cristianismo y el socialismo. La familia cristiana, en la que nos hemos criado y desarrollado, para el socialismo no debe existir; es una institución burguesa y como tal, anacrónica que debe desaparecer. Y, desapareciendo la familia, desaparecen los vínculos que unen a los padres con los hijos. El amor, el primero de todos, no puede existir, porque mal pueden amar los hijos a quienes los abandonan arrastrados por nuevos lazos de amor.

El principio de Ovidio, en su *Ars Amandi*, de que si quieres ser amado principia por amar, se realiza aquí con toda estrictez. Si mis padres no me aman, no tengo yo porqué amarlos.

Porque, no hay que dudarlo, el amor de los hijos a sus padres crece y se desarrolla al calor del hogar y entre las continuas muestras de amor de sus padres. La familia cristiana es la primera escuela del amor, amaos los unos a los otros del Divino Maestro.

¿Y qué decir de los otros vínculos? No se concibe respeto ni obediencia para quienes han perdido toda autoridad moral al hacer del matrimonio, base de la familia, una institución pasajera y flutuante en-

tre las pasiones y los caprichos del momento.

2.ª PARTE

Decía al principiar que el orden social lo funda el cristianismo en el Evangelio. Amaos los unos a los otros, no hagáis con otro lo que no quisierais que hicieran contigo. Y llevando hasta el extremo la doctrina, el libro de las Eternas Verdades nos lleva hasta amar a nuestros enemigos.

Este es el cristianismo en su esencia; una religión de amor y por lo tanto de caridad, que es la manifestación externa del amor.

¿Y como responde el socialismo a esta doctrina? Predicando el odio de clases, haciendo germinar en el alma sencilla del obrero y del campesino, de suyo noble y generosa, la idea de que todo el que es superior a él por su talento, su fortuna y otros motivos, es su enemigo y hay que combatirlo. Persiguiendo la utopía de la absoluta igualdad humana pretende que los que están más abajo en la escala social, pasen a ocupar el puesto de los que están más arriba. Lo que en todos los tiempos y en todos los países se ha conseguido por el trabajo y la honradez, el socialismo lo quiere de golpe y atropellando todos los derechos existentes.

De esta manera, la aristocracia que, etimológicamente, no significa otra cosa que gobierno de los mejores, debe ser sustituida, dentro del régimen socialista por el Gobierno de los peores, que no otra cosa es entregar la autoridad a los incapaces y hasta a los analfabetos, como pasó en nuestro país en el triste ensayo de la república socialista.

Las diferencias que he ido anotando, con ser tan marcadas, no ahondan tanto el abismo que separa los dos campos como el ideal supremo a que aspiran todos los hombres.

Es la libertad, esa hija del cielo, la que cuando falta, todo falta, según la expresión del escritor francés. Este don, que es

innato a la naturaleza humana, que las constituciones de todos los países civilizados aseguran, pero no conceden, porque no pueden conceder lo que es patrimonio de todos los hombres como hijos del mismo Dios, esta virtud que un publicista chileno, de buena cepa liberal, don Victorino Lastarria, definió con toda exactitud llamándola el uso del derecho, es desconocida o más bien negado por el socialismo.

Digámoslo de una vez: el socialismo es enemigo de la libertad. Para el socialismo puro, el individuo es nada, el estado es todo.

Dentro del régimen socialista, el estado es el árbitro supremo de las necesidades de los individuos. Con fallo inapelable él limita o acrecienta esas necesidades, les fija sus límites y determina hasta la porción de alimentos que necesitan para sus cuerpos.

Y ay! del que reclame. Por millares irán a morir a Siberia, cuando no se les hace callar más rápidamente.

Y por este medio ochocientos mil hombres en Rusia tienen sojuzgada una población de ciento cincuenta millones.

Así, y no de otra manera, manejaban a sus rebaños de esclavos los faraones de Egipto, los reyes de Asiria, los incas del Perú y los antiguos Emperadores de México. Así, y no de otra manera han gobernado los déspotas que, con el nombre de dictadores, han explotado el aforismo romano de "salus populi suprema lex".

Y a esta abolición del más noble de los atributos del hombre, ¿cómo responde el cristianismo? Con la frase del Doctor Angélico que encarna toda la doctrina: "Ubi est spiritus Dei ibi libertas, donde está el espíritu de Dios está la libertad.

Ese espíritu de Dios, que Jesucristo infundió a los apóstoles y a sus primeros discípulos, cuando les dijo: Id y enseñad a todas las naciones, es el que informa el cristianismo, es el que le dá vida y le anima para continuar desarrollando sus doctrinas, a pesar de las vicisitudes y contradicciones que encuentra en su camino.

La libertad es la aspiración dominante

de todo cristiano, y donde quiera que esa escuela domine, ella también dominará.

Un sociólogo chileno, don Zorobabel Rodríguez, publicó una revista económica y en la portada de cada uno de sus números estampó este lema: libertad propiedad. Estos eran para el escritor cristiano los dos fundamentos del orden social. Sin libertad no hay garantía para nadie, sin propiedad no hay estímulo ni mejoramiento de la producción.

Del mandato divino de enseñar a todas las naciones, ha desaparecido el cristianismo su deber de defender la libertad de enseñanza. Sin plena libertad no puede cumplir esta obligación; y esta doctrina, sostenida con talento y energía en Francia por Lacordaire y Montalembert, encontró en Chile un apóstol que nunca será suficientemente recordado: don Abdón Cifuentes.

Pero aunque la libertad de enseñanza estaba reconocida en nuestra Constitución, en el hecho la enseñanza particular estaba de tal manera sojuzgada por la del Estado, que no podía producir los frutos que los constituyentes habían querido que diera.

Sucedió, sin embargo, que así como el bien viene a las veces del exceso del mal, así la educación del Estado produjo tantos males que la reacción vino por sí sola.

La Universidad del Estado llegó a ser un semillero de ácratas y futuros demolidores. En sus aleros se habían puesto nidos de comunistas.

Fué entonces cuando apareció el hombre providencial, el sacerdote modelo, honra y prez del episcopado chileno, que creó la Universidad Católica. Porque no hay que dudar, sin el talento creador, sin la energía incontrastable, sin la virtud acrisolada de Mons. Larraín Gandarillas, esta institución no existiría.

Que su memoria, por esta obra, sea eternamente bendita!

Porque es necesario recordar que mientras animó a la Universidad del Estado el espíritu de don Andrés Bello quién dijo y repitió que él no separaba la moral de la religión, el peligro no era grande; llegó a serlo cuando en el paraninfo universitario se exhibió el busto de Lenin y en sus bóvedas resonó el canto de la internacional.

Ha sido entonces cuando la figura del fundador de la Universidad Católica se ha agigantado hasta convertirse en sombra protectora de todas las escuelas en que la ciencia va unida a la religión.

Y la creación de esta Universidad ha venido a probar con el hecho las ventajas de la libertad de enseñanza: la competencia ha venido y en numerosos concursos celebrados en el extranjero, ha probado la superioridad de sus métodos y la selección de sus profesores.

No es mi ánimo ni cabría en los límites de este trabajo demostrar como en todos los países de la tierra el cristianismo ha luchado por la libertad, quiero solo referirme a mi propio país para recordar que, desde nuestra emancipación, políticos y escritores cristianos han sido los primeros sostenedores del criterio de libertad para la solución de todo problema de orden político o social.

Desde luego, la Constitución del 33, ese Código admirable que César Cantú calificó de modelo en su género, en su Historia de Cien Años, ese árbol casi secular a cuya sombra crecieron y se desarrollaron todas las instituciones hoy existentes, obra fué de políticos que se decían y proclamaban cristianos.

Los treinta y dos patricios que la firmaron, eran grandes patriotas y fervorosos discípulos de la doctrina de Cristo.

Pues bien, que se recorra ese Código fundamental desde el principio hasta el fin y se encontrará que todos los derechos naturales del hombre están en él reconocidos, asegurados y garantidos. La nueva constitución, promulgada en 1925 no ha tenido nada que agregar a lo establecido en la de 1833.

Ha cambiado uno de sus principios de Gobierno, sustituyendo el parlamentario, por el presidencial; pero las libertades aseguradas por su antecesora las mantiene y hace suyas. En esa materia, es una continuadora de la obra de los constituyentes del 33.

Recorramos ahora el campo de nuestra legislación política. La ley de imprenta más liberal que haya existido en el mundo fué la chilena de 17 de julio de 1872 redactada y refrendada por un político cristiano, don Abdón Cifuentes. Las leyes más profunda y verdaderamente democráticas que se hayan promulgado en Chile, la de organización y atribuciones de las Municipalidades de 1891 y la de Garantías individuales, hoy incorporada íntegramente en el Código de Procedimiento Penal, obra fueron de otro político cristiano, don Manuel J. Irarrázaval. Este ciudadano ilustre no tenía la palabra democracia en los labios, como acostumbra los profesionales de la política, pero tenía el concepto en el corazón, y por eso la doctrina brotaba nítida y pura de su vigorosa pluma.

Fueron políticos cristianos los que por primera vez proclamaron el voto acumulatorio, para resguardar los derechos de las minorías.

Y en el campo social, ¿hay alguien que ignore que todo el conjunto de leyes que hoy informa nuestra codificación del trabajo, tal vez la más avanzada del mundo, es obra exclusiva de políticos cristianos? Apresurémonos a reconocerlo, y rindamos aquí respetuoso homenaje al más entusiasta colaborador de esa obra, don Juan Enrique Concha Subercaseaux de santa memoria.

Esa es, en conjunto y en detalle, la obra que al cristianismo ha hecho en Chile. Nunca ha desconocido un derecho legítimo, nunca ha atropellado una garantía constitucional, nunca ha apoyado un Gobierno tiránico o ilegal. Su norma ha sido siempre de mantener el orden social, respetando todos los derechos legítimos y luchando por el mantenimiento de todas las

libertades aseguradas por el Código Fundamental.

La obra desquiciadora ha venido desde el día en que se principió la obra nefasta de descristianizar al pueblo. Desde ese instante apareció la idea de la libertad y del derecho de propiedad. Son estos dos conceptos los fundamentos básicos de la sociedad moderna. Donde ellos faltan, viene el caos, el desorden y el aniquilamiento. Lo que está pasando en Rusia y en algunas otras repúblicas filiales corroboran esta

afirmación. ¿Conseguirá el socialismo que tanto ha avanzado entre nosotros, destruir el orden existente e implantar sus doctrinas?

Confiemos en que no sucederá. La barca de Pedro puede ser agitada por furiosos vendavales, pueden sus tripulantes ser aniquilados; pero ella llega al puerto seguro llevando el estandarte con el símbolo de la redención y su lema al pié: "Con este signo vencerás".

Birth - Control o la limitación de la Natalidad

Ideas entresacadas de la obra del doctor
Raoul de Guchteneere, por Alejandro
Huneus Cox, Pbro.

MALTHUS Y SUS POSTULADOS

En 1798 apareció en Inglaterra bajo la firma de Roberto Malthus, pastor protestante, el famoso "Ensayo sobre el principio de la Población". Analizando las relaciones entre el aumento de la población y el aumento de subsistencias llega a concluir el autor que lo primero crece con más rapidez que lo segundo.

Como medio para detener la desbordante natalidad propone Malthus el dominio moral bajo la doble forma de castidad en el celibato y de voluntaria continencia en el matrimonio.

Los modernos discípulos de Malthus muy diligentes en exponer los peligros de excesiva natalidad apuntados por el maestro han olvidado el respeto que él profesó por la ley natural, y no muestran la misma diligencia en exponer los medios que él propuso. Profundamente ofendido se hubiera sentido, el piadoso pastor ante la irreflexiva y anti-científica audacia de algún moderno que tilda de poco previsor el mandato bíblico de: "Creced y multiplicaos", desconociendo una ulterior intervención divina en el desenvolvimiento de los seres a la cual concurren los entes libres según leyes fijadas en su misma naturaleza.

Las ideas modernas sobre la densidad máxima de la población difieren en absoluto de la teoría malthusianista. Para Malthus el problema consistía únicamente en la relación entre el aumento de población y el de las subsistencias; en la actualidad es una cuestión de densidad de población y de productividad de la industria humana. Para él la relación es invariable en las épocas todas de la humanidad; para nosotros varía continuamente y el problema

se presenta bajo diferente aspecto en todas y en cada una de las épocas.

Malthus presenta por un lado: una zona habitable de la tierra que tiene recursos limitados por muy amplios que nos los imaginemos; por otra parte: una función reproductora sin límites biológicos. Analicemos estos postulados:

PRIMER POSTULADO DE MALTHUS:

Recursos de la tierra con límite próximo definido

La población actual del globo está muy lejos de dar su rendimiento máximo; gente competente estima que sólo la cuarta parte de las tierras cultivables está actualmente en explotación. Y ¿qué decir de los formidables recursos que presenta la inmensidad del océano con la vida y energías que contiene? ¿Cómo calcular, con Russel Smith (1) la importancia a que puede llegar el perfeccionamiento de las ciencias por lo que hace a fertilización, utilización de nuevas plantas y mejoramientos en el cultivo? Sin que sea preciso recurrir a la hipótesis de un alimento sintético, el margen es lo suficientemente grande para considerar muy lejano el advenimiento de una general estrechez no por la mala distribución sino por carencia absoluta de elementos. Aun suponiendo que la población mundial debe continuar su crecimiento en la actual proporción de 1%, no vendrá la saturación sino pasado un lapso de tiempo considerable que ya los especialistas pretenden fijar de muy diversa manera. (2) Knibbs habla de un siglo, Marshall (3) de dos, mientras que

(1) Smith J. R., *The Worlds food resources*, 1919, cap. 26.

(2) *Les problèmes de la population*. Scientia, Bologne, 1919, cap. 26.

(3) *The physiology or reproduction*. Marshall Lonoon, 1922.

East (4) lleva su pesimismo hasta fijar el límite en dos o tres generaciones.

De todos modos resulta imposible fijar los límites ante los cuales se detendrán los progresos de la química por lo que hace a la fabricación sintética de los elementos básicos de alimentación. No podemos, pues, suscribir sin reservas el primer postulado de Malthus.

SEGUNDO POSTULADO DE MALTHUS:

Reproducción sin límite biológico

En su segundo postulado afirma Malthus que la multiplicación de la humanidad no conoce límites biológicos. En teoría esto parece evidente. Sin embargo, los más recientes trabajos no confirman lo que Malthus asegura de la progresión geométrica como regla normal del crecimiento en la población humana. Mas aún, sabemos que, independientemente de toda limitación sistemática de la natalidad el movimiento de una población que ocupa determinado territorio, se traduce en sus principios por una curva que asciende sensiblemente; después de determinado lapso de tiempo (variable según los recursos del territorio en cuestión), la cifra de habitantes se acerca a la óptima relación entre las bocas que hay que mantener y las sustancias disponibles; se ve entonces aminorar el movimiento ascensional, y poco a poco, estacionarse insensiblemente muy cerca de la horizontal, lo que atestigua que ha sobrevenido el punto de saturación. ¿Cómo se verifica esta espontánea regulación? No es, efecto de los tradicionales obstáculos malthusianos, pues, éstos no se ensañan particularmente en el período de saturación con preferencia a cualquier otro. Demuestra, por otra parte, la observación que las más terribles calamidades, guerras, hambres y epidemias, no dejan sentir sus efectos en las curvas de población más que con un descenso momentáneo.

(1) "Todo ocurre como si pudiera automáticamente ajustarse la cifra de natalidad a las necesidades del momento".

OBSERVACIONES SOBRE LA FERTILIDAD Y GARANTIAS DE SUBSISTENCIAS

Mucho se ha tratado y discutido sobre la naturaleza y mecanismo de esta regulación. A decir verdad, marchamos en este asunto sobre el movedizo terreno de la hipótesis; nos faltan los datos precisos, y siendo imposible la experimentación, no nos queda otro camino que el de las conjeturas. La existencia de este mecanismo es, a todas luces, evidente: la prueba está, no sólo en el comportamiento de grupos aislados, como los de indios de la América del Norte, o en las tribus más o menos salvajes que habitan territorios limitados, sin tráficos ni comercio alguno con el exterior; sino también en el examen de las últimas estadísticas demográficas donde se echa de ver que la raza blanca registra un descenso en la curva de población caracterizado por su regularidad y extensión, y que únicamente puede atribuirse a la limitación artificial de los nacimientos. Algunos, p. ej., (2) el doctor Brownlee, director del servicio inglés de estadísticas del "Medical Research Council", y Yule, en su libro "The fall of the Birth-rate" (3) quieren ver aquí una cuestión de fisiología racial: la fecundidad humana tiende a disminuir a medida que la civilización progresa, y se generaliza la vida en las ciudades. Es cierto que nacen menos niños en la ciudad que en el campo, pero son tantas las causas que concurren a este resultado, que es difícil entre-sacar de ellas la parte eventual que pueda tocarle a la disminución de fecundidad. Por lo que hace a la disminución de la fecundidad de la raza humana bajo la influencia de la civilización puede decir

(1) R. Pearl, *Laws of Population growth in Birth Control, Facts and Responsibilities*, p. 58, Baltimore, 1925.

(2) *The Lancet*, 1. Nov. 1924.

(3) Cambridge, 1920.

(4) East.—*Scientific Monthly*, 1921. X.

(sin que constituya un hecho definitivamente establecido), que es algo digno de notarse por ser un aspecto particular de otro problema más extenso de fisiología comparada que, hace tiempo, preocupa a los naturalistas.

Trátase de la relación inversa que hay en todas las especies animales y vegetales entre su fertilidad y sus garantías de larga vida. O, en otros términos, una especie será tanto más fértil cuantos menos medios tenga para procurarse las subsistencias y luchar contra la concurrencia vital que todas partes la amenaza. Es esto, en suma, una de las aplicaciones de la teoría de Darwin, sobre la lucha por la vida. Numerosos ejemplos nos ofrece la naturaleza. Pero esta especie de contrabalanceo, digámoslo así, entre fertilidad y medios de defensa, no se da exclusivamente para reglamentar las relaciones numéricas entre las especies, sino que también ocurre en el seno de una especie aisladamente considerada. Cuando una especie fija y determinada ve que las circunstancias de medio se modifican de manera que quedan notablemente aumentadas o disminuidas las convenientes subsistencias, la fertilidad de esta especie variará en sentido opuesto, para adaptarse así al nuevo estado de cosas y restablecer el equilibrio que se perdió. Spencer fué el primero que se percató de ello y lo anunció de manera un tanto oscura cuando dijo: "el grado de fertilidad varía en razón inversa del coste de elaboración de un individuo".

La aplicación de la ley de Spencer a la reproducción humana fué llevada a cabo por el inglés Thomas Doubleday, y repetida más tarde por (1) Pell y Sutherland. Demuestran las estadísticas efectivamente que existe cierta correlación, bastante definida en conjunto, entre la proporción de nacimientos y mortalidad en cada país. Así, un país como Rusia que durante largos años tuvo una proporción bruta de natalidad, de 47 por 1,000, presentaba un au-

mento de población bastante parecido, proporcionalmente de Australia y Nueva Zelanda, cuya proporción no pasaba del 27 por 1,000.

De donde se sigue que la mortalidad respectiva de los dos países restablecía el equilibrio. De la misma manera las estadísticas de mortalidad demuestran un descenso paralelo al de la natalidad en la mayor parte de los países europeos, durante la segunda mitad del pasado siglo.

Parece lógico admitir que la proporción de la mortalidad es la que influye en la proporción de la natalidad, la cual se reglamentaría, en el recurso de las generaciones, según las garantías de vida del momento, más o menos como ocurre en el reino vegetal y el animal. Así se echa de ver que, después de las grandes catástrofes de la humanidad, la proporción de nacimientos experimenta un rápido ascenso, un salto, si se puede decir, equivalente a la importancia de las pérdidas sufridas.

En 1837, Doubleday formuló esta observación en forma de ley, diciendo que cada vez que la existencia de una especie ha corrido un peligro, sobre todo cuando provino de la escasez de subsistencias, la naturaleza provee esta necesidad aumentando paralelamente la fecundidad de la especie afligida. Así dice, como ya antes lo dijo Bacón, si la plétora es enemiga de la generación, la escasez la favorece. Semillante enunciado podría sufrir alguna ligera enmienda, porque claro está que, si cierto grado de escasez favorece la fecundidad, el exceso de ella llegaría a anularla, y por eso mejor decir con Sutherland que las privaciones tienden a aumentar la natalidad, mientras que la comodidad y la opulencia tienden al efecto contrario. Pueden citarse algunos ejemplos en apoyo de esta tesis.

El más antiguo es el de los judíos que en la cautividad de Egipto se multiplicaron rápidamente a pesar de las privaciones y duros trabajos a que estaban sometidos. No faltan otros más recientes: las estadísticas inglesas enseñan que entre los años de 1800 y 1820, en que reinó gran-

(1) C. E. Pell. "The law of bearths and deaths, 1921, cap. XII.
Sutherland. "Birth Control exposed".

de escasez, aumentó la población desde un 14 a un 17%.

Los partidarios de la limitación de la natalidad raciocinan con precipitación sorprendente: Crisis económica, salarios insuficientes, pobreza de las clases trabajadoras, todo se debe a la excesiva natalidad de esas clases sociales, al exceso de población. Todo se arreglaría, como por encanto, cuando los obreros y empleados adopten la limitación de la natalidad. Pero bajo su aparente sencillez estos razonamientos ocultan un equívoco, que importa mucho desenmascarar: insinúanse que la correlación indiscutible entre la pobreza y las familias numerosas tienen su explicación en el hecho de que la elevada natalidad es causa de la pobreza.

Ahora bien, hemos visto anteriormente, que según las leyes probables que gobiernan la fecundidad humana, cierta falta de comodidad, cierta pobreza son condiciones que favorecen una natalidad elevada. Harían, pues, mejor los partidarios del "Birth-Control" y discurrían con más lógica si dirigieran sus ataques, no contra las familias numerosas, sino contra el pauperismo. Por lo demás, la verdadera fuente de la estrechez económica no el exceso de población en ninguno de sus grados, sino la desigual distribución de subsistencias. El verdadero exceso de población, tal como lo entiende el economista inglés, apenas se encuentra en la época actual. Por otra parte se sabe, que los medios de subsistencias han progresado mucho más rápidamente que la población misma en estos últimos años. Por lo tanto, si no existe ni exceso de población, ni falta de medios de subsistencia, la pobreza que se define, carencia de medios convenientes para la vida, no puede tener su origen sino en la desigual distribución de los recursos existentes.

Esta distribución desigual es consecuencia, entre otras causas del enorme vuelo del industrialismo en los tiempos modernos: típico es el ejemplo de la estadística de rentas en los Estados Unidos. En 1918, el 1% de la población americana poseía el

14% de las rentas totales del país; 5% de los habitantes, alrededor del 26%; en términos más generales, el 20% era dueño del 47%, cerca de la mitad de las rentas globales; el 80% restante había de contentarse con la otra mitad. Si se examina la estadística del reparto de lo superfluo, es decir, lo que sobrepasa al mínimo necesario para la vida, encontramos cifras más elocuentes todavía: en el mismo año una proporción de 2,2% de los habitantes de Estados Unidos se repartían alrededor del 71% de lo superfluo total.

Análogas cifras podrían encontrarse en las estadísticas comparativas de riqueza en otros países occidentales, sobre todo, en los industriales.

Todo ello demuestra, las lagunas que todavía tiene nuestro organismo social, las injusticias de que adolece. El liberalismo económico sigue dominando nuestra sociedad; y a pesar de los esfuerzos de renovación social cristiana, la teoría de la libertad de contrato cuenta numerosos adeptos. "A igual trabajo igual salario"; no hay más deber para el patrono que pagar lo contratado.

León XIII en su Encíclica "Rerum novarum", clama contra esta concepción egoísta del contrato del trabajo; "semejante razonamiento, dice, no merece juicio favorable, porque no abarca todos los aspectos de la cuestión, y omite algunos muy importantes". El obrero y empleado honrados deben encontrar en sus salarios el medio de procurar una vida decente a los miembros de su familia; de lo contrario la equidad queda violada y se inflige con ello un grave perjuicio a víctimas inocentes y a la sociedad entera. Tal es el principio que inspira la actual legislación de las indemnizaciones familiares para la cual los católicos belgas obtuvieron la adhesión del Parlamento.

Ahora bien, los partidarios del Birth-Control, lejos de asegurar al obrero los beneficios del justo salario al que tiene derecho, quieren privarle, además, de aquel otro derecho imprescriptible de todo ser humano, cual es de fundar una fa-

milia. Sin pretender estudiar a fondo la cuestión del salario, que nos llevaría a amplios comentarios que no encuadrarían en los límites de este trabajo, nos permitiremos que no encuadrarían en los límites de este trabajo, nos permitiremos hacer notar, que el verdadero remedio de la miseria en las familias numerosas, está, no en la restricción de la natalidad, sino en la aplicación del programa de justicia social, tal cual lo definió magistralmente León XIII, y lo fijan los directores del movimiento cristiano (1).

Chesterton y el Birth-Control

El Malthusianismo y las doctrinas que de él nacieron entre ellas el Birth-Control, no hacen otra cosa que contrarrestar las tentativas de una mejor organización social. "Es política más certera dice la "National Birth Rate Comission", adoptar las condiciones del medio ambiente a las necesidades de las familias que disminuir el número de hijos para ajustarse a una organización social inmoral y defectuosa" (1).

Sería más lógico y más humano encarar el problema, como lo hace Chesterton en una página llena de buen sentido y de ironía.

"Pensad en este sencillo ejemplo, dice, y os daréis cabal idea de lo que ocurre en ciertos cerebros tildados de modernos. Figuraos que tenemos 10 niños a quienes hay que proveer de sombreros, y que no tenéis más que 8 sombreros disponibles. Un espíritu sereno y que obrase a las derechas no consideraría un imposible hacer dos más, dirigirse al que los fabrica y persuadirle que hiciera los necesarios, protestar contra la injustificada tardanza en la entrega, castigar a quien los prometió y no cumple lo prometido. Pero el espíritu moderno propondría que, cortando la cabeza a dos niños, no tendrían más

necesidad de sombreros, habrían bastantes con los que ya teníamos. Si se les sugiere la idea que las cabezas son de más valor que los sombreros, os dirán que esas sutilezas son pura metafísica, y que la pretensión de que el sombrero esté hecho para la cabeza y no la cabeza para el sombrero, es un dogma que pasó a la historia. El texto, recubierto ya del polvo de los archivos, que reza que el cuerpo es más digno que el vestido que lo cubre; el prejuicio secular que prefiere la vida de los niños al acomodo sistemático de los sombreros; todo ello es despreciado, cuando no ignorado. El espíritu moderno tiene una lógica implacable: al verdugo toca remediar las faltas del sombrero. Poco importa a la lógica de las cosas que se trate de casas o de sombreros; uno es el error fundamental: comenzamos por mal cabo, porque nunca hemos tomado el trabajo de investigar por donde convendría comenzar".

Solución egoísta en el problema de la vida

La conclusión se impone, pues, una vez más. El mejoramiento de suerte en las clases desvalidas de la población, no debe buscarse en medidas restrictivas dictadas por el cálculo egoísta, sino en una reforma de la organización social. La primera causa del éxito del Birth-Control está en la actitud de las conciencias frente al problema de la vida. Bajo la presión de ciertas opiniones, corroborada con todas las dificultades económicas del momento; la voluntad de esterilización sistemática ha prendido en el drama de la psicología individual entremezclándose íntimamente en sus elementos.

La civilización, al crecer, ha creado más y más exigencias, los simultáneos progresos del individualismo han ido agotando las fuentes del generoso desprendimiento. Y así de cualquier manera que se enfoque el problema, siempre aparecerá como base, el individualismo; se le encuentra a la vez entre las causas de las llagas sociales, y en el origen de los remedios propuestos

(1) Véase v-gr. Or. Ryan, "Justicia Distribuitiva".

(1) National Birth Rate Comission. Second Report: "Problems of Population and Parenthood", New York, 1920.

para curarlas. Erigido como principio soberano se asienta en el centro de la doctrina del Birth-Control y dirige todas sus maniobras. A dicho individualismo hay que atacar si se busca la raíz del mal: lo cual no es posible sino merced a una profunda introversión de las conciencias. No se curará la enfermedad económica predicando la voluntaria esterilidad; y el es-

tablecer un medio "standard" de vida como único remedio no mejorará la natalidad. La actitud moderna ante la vida y sus problemas es lo que hay que modificar: la actual escala de valores es lo que hay que derrocar, remplazándola por una noción más justa de la moral y del verdadero precio de la vida.—

El Padre Laburú habla a médicos y farmacéuticos

(Por el Dr. Wilson de Valparaíso.)

Les encarece la necesidad de una sólida formación religiosa y filosófica. — Desconocimiento religioso de la Lógica y de la Metafísica en los libros médicos. — Alumnos convierten su ciencia en zootecnia. — Deben crearse Círculos de Estudios.

LA ESCUCHARON CENTENARES DE MÉDICOS QUE LLENARON EL SALÓN DE MANUEL SILVELA.

Centenares de médicos y farmacéuticos acudieron ayer a escuchar la palabra del Padre Laburu. Llenaban completamente el vasto salón de Manuel Silvela, 7, y escucharon con vivísima atención una conferencia del sabio Jesuíta, pero no científica, sino de lección, de ejercicio espiritual e intelectual sobre la personalidad del médico católico. El interés con que era seguida la trama del discurso contenía la interrupción de los aplausos que estallaron al final; pero, al flagelar el verbo del orador, el escamoteo, a veces amparado en un renombre, que lleva al enfermo de médico en médico, de análisis en análisis y de radiografía en radiografía, no todo por necesidad del diagnóstico, los mé-

cos católicos no pudieron contener el aplauso.

Resultaba imposible anotar todos los nombres prestigiosos allí reunidos. Vimos, entre otros, a los señores Suñer, Gómez Ulloa, García Vicente, Nogueras, Luque, Castresana (padre e hijo), Enríquez de Salamanca, vizconde de Casa Aguilar, Herrero, Sáinz de los Terreros, Olavide, Montes Pascual, Serrada, Gutiérrez, Vallejo de Nágera, Corral, Huarte, Usía y Aldana, Martín Calderín, Ulecia, Grinda, Piñerúa, Bogazgoitia, Hernández Briz, Sorroa, Barajas, Méndez del Caño, De las Cuevas, Creus, Zaragoza, San Román, Pardo, García Durán, Izquierdo, Gil y Gil, el Conde de Asmir, y el presidente de la Confederación de Estudiantes Católicos, señor Benítez.

En la presidencia se sentaron los doctores Soler, Bermegillo, Herguetam, Mañero y Simonena, y el consiliario de la hermandad de San Cosme y San Damián, organizadora del acto, señor Muñozerro.

El presidente de la hermandad de Madrid, Doctor Soler, pronunció efusivas palabras de saludo.

Ante todo, hombre y católico. — El Pa-

dre Laburu ha elegido el tema "La personalidad social de médico". El médico—dice—tiene deberes esenciales, intrínsecos, ligados a su condición esencial de hombre católico y otros facultativos y secundarios, en cuanto puede dejar de ejercer determinada actividad. Ni el médico, ni ningún otro profesional, puede dejar de ser hombre y católico, ni dejar de cumplir los deberes que como tal le incumben.

Ningún hombre puede desligarse de los mandatos del Sumo Dueño. El médico, aún el católico, añade, suele tener muy bien cultivada su personalidad como médico; pero se olvida lamentablemente de su personalidad católica, tanto en el orden intelectual, como en el de la práctica de la doctrina (cristiana) católica. ¡Qué de angustias por falta de tiempo para leer! Pero, se hace algo para cultivar la personalidad católica? En este sentido, la formación suele ser deficientísima, y de ahí nacen muchos lamentables fracasos.

No hace muchos años, una sociedad médica madrileña acordó dirigirse "respetuosamente" al Episcopado pidiéndole que se permitiera el aborto directo de carácter médico. Es indudable la falta absoluta de orientación y de mentalidad fundamental católica. Se mostraba ignorar de dónde procede la prohibición del aborto directo, aunque sea por fin médico. Lo mismo se diría de los consejos sexuales a célibes y casados, en que incurren incluso los que se ofenderían si no les diéramos el título de católicos. Pero, ¿cómo es posible, médico católico, que crees tales excepciones a los preceptos divinos: no matarás, no fornicarás?

Eugenesia y zootecnia. — Se nota una falta de formación religiosa que asombra. Hace poco, un médico católico se me acercó en el extranjero para hablarme de esa manoseada y pringosa cuestión eugénica, de esos problemas de control matrimonial, limitación de la natalidad, supresión de ciertos seres y de lo que nombran con una palabra griega "eutanasia", por-

que asusta la palabra castellana homicidio. Se busca solamente el músculo, la fisiología fuerte, como si se actuara sobre una yeguada. Para estos problemas, dice el orador, hay dos soluciones. Una considera al hombre como puro animal, como un potro. Suprime lo inservible para la venta y el trabajo. Reduce todo a zootecnia. La otra admite la diferencia específica entre el hombre y el animal. No se busca tan sólo entonces la felicidad del hombre para veinte o para cuarenta años, sino para toda una eternidad. El idiota de nacimiento, la tara suma, tiene un alma inmortal, que alcanzará la gloria eterna. Seres débiles hay que no tendrán potencia para descargar en los muelles, pero sí para entrar en la vida eterna santificando el dolor como Jesucristo. El médico católico comprendió claramente las soluciones. Lo extraordinario es que, siendo católico, viera en todo esto algo nuevo.

Faltan al médico conocimientos serios, profundos, científicos de la religión... Para alcanzarlos, debéis organizar clases y círculos de estudios en que mantengan con toda seriedad, continuidad y constancia. La formación filosófica, prosigue, tiene que ser el sillar de todo el edificio ideológico. Los libros médicos suelen hallarse faltos de lógica, llenos de confusiones. Una clase de lógica debe ser el firme sillar ideológico y científico. Qué deslices anatómicos en vuestros libros... y qué renegar de la Metafísica, mientras metafisiquean a su modo al buscar los porqués, como Ovidio construía perfecto hexámetro al afirmar que no volvería a hacer versos.

Cuán necesitados están los médicos de hacer estudios serios sobre las causas. Habla también del desconocimiento de problemas cosmológicos y de Psicología, y pregunta, ¿qué sabes, médico católico, del alma, de su espiritualidad y de su inmortalidad?

Se queja del dominio absoluto del dilettantismo y pregunta: ¿Habéis estudiado los problemas éticos? ¿Y en el orden teo-

lógico, tú católico, tienes idea de la gracia santificante? ¿Qué aprecio puedes tenerla?

Vida Cristiana.—Lecturas.—En el orden práctico necesitáis de la respiración del espíritu—ideas—y también de la nutrición, vida cristiana, vivida, práctica de los sacramentos. Por faltar a esto, cuántas veces el joven os dirá que no puede guardar el sexto mandamiento. Ya lo sé. Como no podría hacer alpinismo después de quince días de ayuno.

Y voy a hablaros de un gran defecto del médico católico. No basta respirar y nutrirse. Es menester no tomar voluntariamente veneno, y la lectura produce infecciones psíquicas. ¿Conoce la legislación oficial de la Iglesia sobre lecturas? ¿No sabe que, según la metáfora brillante de Jesús, en la orden de San Pedro, tenemos pastores que han de apacentarnos, escogernos el pasto del espíritu? La legislación de lectura abarca los cánones de 1384 a 1398.

Beneficio a la Ciencia. — Esta cultura intelectual y religiosa, no gazmoña, eso no, sino sólida, maciza, contribuirá a mejorar la cultura médica, porque os hará comprender la grave obligación que tenéis de adquirir ésta. Si conocéis que os falta, todos los moralistas os harán responsables ante Dios de las consecuencias, de vuestra falta de ciencia. Esta formación maciza os hará comprender el pecado de malbaratar el tiempo en el Club o en la peña. Además, la formación literaria, fi-

losófica y religiosa disciplina el entendimiento, hace saber lo que se dice y decir lo que se quiere. Cuántas veces los textos resultan incomprensibles por falta de una ordenación de ideas, por falta de una idea clara. Esta formación, réciamente religiosa, excluye toda mixtificación científica, embaucamiento y charlatanismo, que abate al médico de grado más bajo que al curandero. El peor de los charlatanismos es el fino y delicado. Alude humorísticamente a los viajes científicos al extranjero, de tres días. El médico católico no actúa, queriéndose encumbrar a costa de demoler el prestigio de compañeros.

Y esta formación da a conocer la grandeza de la dignidad médica. A la alta misión de curar los males del cuerpo ha de unirse el de curar los males del espíritu, más dañinos. A este respecto termina la conferencia con tono de homilia. Jesús ante las mieses, que granaban como en estos días contempló, y dijo: "La mies es mucha". Y luego, en contraposición: "Los operarios son pocos". Vosotros veréis también la extensión de las mieses que hay que recoger, y tendréis ese mismo deseo de recogerlas. Ansiaréis el destruir las mentiras de la ciencia. Lo habéis de realizar, ante todo, formando reciamente vuestra personalidad científica. No importa, hermanos de San Cosme y San Damián, el número, sino la calidad. Debéis reunir lo mejor, moral e intelectualmente. Sed luz, que la luz siempre se difunde. Seréis luz del mundo.



La 31 Asamblea de los católicos alemanes

El 25 de junio se reunieron en la capital del Reich delegaciones de todos los ámbitos del país con el objeto de celebrar esta magna asamblea que resultó verdaderamente imponente por muchos conceptos.

Un favorable viento disipó a última hora los negros nubarrones que amenazaban lluvia y desde temprano acudieron los fieles en masa al Stadium donde debía celebrarse la reunión.

45,000 católicos

llenaban el enorme óvalo cuando el clero de la diócesis, precedido por 200 acólitos, acompañaba al Excmo. Nuncio, Monseñor Orsénigo y al Vicario General, Monseñor Steinmann, al altar que se elevaba con majestuosa sencillez en medio de la vasta arena. El señor Obispo de Berlín, Dr. Cristian Schreiber no pudo presidir la fiesta debido al delicado estado de su salud.

41 coros unidos

entonaron al paso de los prelados el "Ecce Sacerdos Magnus" de Kromolicki, dirigidos por el propio maestro.

En seguida del clero hicieron su entrada las asociaciones católicas, en primer término las corporaciones estudiantiles. Innumerables deputaciones con sus banderas tomaron colocación en los alrededores del altar: al lado de la Epístola los hombres, a la del Evangelio, las mujeres. Entre dos enormes grupos de niños y niñas se alzaba la plataforma con el altar y el trono del Nuncio. Un gran crucifijo de madera, verdadera obra de arte del maestro José Dorn, se elevaba en medio de la plataforma.

Empezó la misa y al llegar al Evangelio subió a la logia del Stadium el predicador de la Catedral, P Marianos Vetter. Con elocuentes palabras habló sobre

aquella exclamación con que el precursor del Mesías, San Juan Bautista, presentó al mundo la persona del Salvador: Ecce Agnus Dei, qui tollit peccata mundi. Estamos nosotros a la entrada de una nueva época; estamos presenciando la preparación de un tiempo nuevo que viene, uno mejor que el que pasó. Pío XI, que en estos momentos rige los destinos de la Cristiandad es un nuevo precursor que prepara los caminos para el advenimiento del Reinado de Cristo que unirá en un verdadero y sagrado Imperio todas las naciones del Orbe. Con palabras precisas explicó el predicador el sentido del tiempo que vivimos.

Prosiguió la santa misa y los miles y miles de fieles entonaron los antiguos himnos alemanes. Pero ya se acercaba el momento más solemne que hasta la fecha ha visto la capital del Reich:

La Comunión General de 15,000 católicos

Desde el altar se encaminaron en imponente fila 30 sacerdotes hacia la capilla, donde se encontraban los copones con las hostias consagradas. Tocan a vuelo las campanas y de centenares de incensarios se eleva una nube de incienso hacia el cielo. Niñas vestidas de blanco cubren de flores el camino que recorre el Señor Eucarístico.

Alrededor del Altar estaban los comulgatorios; se acercaron primero los niños, después los adultos. Todo se desarrollaba dentro de un orden admirable y con una rapidez mucho mayor como era de esperar, dado el número tan grande de fieles que comulgaron. Los ya mencionados coros entonaron mientras tanto el Santo, de Schubert. Mezclado entre la inmensa multitud se vió comulgar, rodeado de toda su familia, al Ministro del Reich, Barón Eltz von Ruebenach. Terminada la sagrada ceremonia, los sacerdotes devolvieron, con

la misma solemnidad que a la llegada, los copones a la Capilla.

Después de la Misa, el Nuncio dirigió la palabra a los fieles. Exhortábalos de perseverar en su piedad, pues un pueblo piadoso es una fuente de bendiciones para el país; exhortábalos igualmente para que permanezcan adheridos al terruño, dedicados a la vida del campo, pues un pueblo así es una fuente de riqueza para la patria. En seguida impartió la bendición papal.

Después de una pausa de media hora se abrió la asamblea bajo la presidencia del Excmo. señor Nuncio, del Vicario General Dr. Steinmann, del Ministro de Comunicaciones Barón Eltz von Ruebenach, co-

mo representante del Gobierno y los dirigentes de la Acción Católica.

Tomó la palabra el presidente de la Acción Católica, Director Ministerial Dr. Klausener. Habló de la necesidad de la renovación del propio yo de cada uno de los fieles para conseguir de este modo la reforma de la nación y de la humanidad, y como la Eucaristía, la vida de Cristo en nosotros es la base de esta reforma.

Al terminar la asamblea, se anunciaba que el Excmo. señor Obispo Diocesano hablaría por radio desde su residencia, ya que una grave enfermedad del corazón le impedía asistir en persona. Gracias a los siete micrófonos que la Cía. Telefunken había colocado en el recinto del Stadium, las palabras del pastor fueron oídos con nitidez por todos los asistentes.

¿Será la Santísima Virgen?

Después de los sucesos que hemos relatado en el último número de HEROICA, referente a las apariciones de la Sma. Virgen en el pueblo de Beauraing, causará mayor extrañeza que hechos análogos hayan sucedido con algunas semanas de intervalo en otro pueblo de Bélgica. En éste, como en el de Beauraing, la sinceridad de los testigos es tal, que, a pesar de la sonrisa que imaginamos en algunos de nuestros lectores, decidimos relatar los hechos.

Banneaux, que es una pequeña aldea situada a unos 30 kms. de la ciudad de Lieja, está formada por una población muy reducida, de gente pobre, sencilla y laboriosa. Una pequeña iglesia, atendida por un capellán, imparte a los habitantes los socorros espirituales más necesarios, pero la población está lejos de ser piadosa. Es en una familia de esta aldea, familia honrada, pero descristianizada por los efectos deplorables del socialismo, que una

niña de 12 años, Marieta Beco, habría sido favorecida por sucesivas apariciones de parte de la Sma. Virgen.

Dejemos a uno de los testigos relatar los hechos tal como sucedieron:

“El domingo 15 de enero de 1933, Marieta faltó a misa, como de costumbre. Al anoecer, a eso de las 19, estaba recodada sobre la ventana de la cocina, esperando impaciente el regreso de su hermanito. Esta ventana da vista sobre el jardín, el camino real y un bosque de pinos. Repentinamente la niña advirtió a unos metros de ella, en el jardín, una Señora luminosa, que estaba de pie, inmóvil y ligeramente recostada hacia la derecha en relación a ella.

“Un gran temor la embargó: Corrió hacia su madre, la que, creyendo en un temor infantil, la acompañó a la ventana y apercibió, ella también, la Señora, en sus rasgos generales solamente, pero lo suficiente para distinguir que se inclinaba li-

geramente hacia la derecha. La visión desapareció para ella, pero continuó para la niña. Inmediatamente la madre sugirió: "es sin duda la Santísima Virgen". La pequeña, sosegada, tomó un rosario que llevaba y lo rezó, teniendo gran contento en contemplar la aparición. Esta duró cerca de diez minutos, y después Marieta rezó durante otros diez para volver a verla, pero sin éxito. Ella la describió nítidamente a su madre. El padre, al oír el relato, se echó a reír y la trató de tonta.

"La niña confió el asunto únicamente a una vecinita de diez años, su amiga íntima. Esta creyó de su deber ir a la parroquia y asegurarle al Señor Capellán que "Marieta había visto a la Santísima Virgen". El Capellán, que está en Banneux desde hace cinco años, y conoce sus feligreses, dijo a la niña: "No, no se ve a la Santísima Virgen tan fácilmente. Marieta habrá oído hablar de los niños de Beau-raing".

"Y el sacerdote aconseja a la pequeña de no divulgar el suceso.

"Tres días después, el 18 de enero, Marieta asistió, cosa que hacía raras veces, al catecismo. Siguió piadosamente la Santa Misa y sabía su lección.

"Después del catecismo, y después de exhortarle a que viniera siempre a las lecciones de religión, el Capellán la interrogó minuciosamente, contestándole ésta con sencillez, pero sin contradicción alguna.

"El sacerdote explicó a la niña que debía amar a la Santísima Virgen, pero no imaginarse verla aparecer sin motivo. Le aconsejó de ser piadosa, de no pensar más en apariciones y sobre todo de no decirselo a nadie.

"El 18 de enero, al anoecer, a eso de las 19, la niña salió de casa. Intrigado, el padre la siguió. Excesivamente miedosa, Marieta jamás se atrevía a salir sola de noche. Pero, he ahí que sale sin titubear, cae de rodillas en el sendero y reza en voz baja, mirando un poco más arriba del suelo, en el lugar donde el domingo ante-

rior la Señora luminosa se había manifestado.

"Por primera vez la veía de cerca y con tanta nitidez.

"De repente, después de 20 minutos de oración, en plena obscuridad, en medio de un frío glacial, se levantó, mirando siempre adelante.

"Mientras tanto, el padre, trastornado por el primer acto de la escena, partió hacia la parroquia en busca del Capellán; y hallándose éste ausente, volvió en compañía de un vecino, al lugar donde se hallaba la niña.

"El padre rogó a la niña que entrara, pero en vano. Ella respondió — fueron sus únicas palabras—. "Ella me llama". Los dos hombres siguieron ansiosamente a la luz de una linterna, la lenta marcha de la niña, que seguía avanzando por el medio del camino. Se detuvo repentinamente, se puso de rodillas, permaneció algunos minutos en esta posición, y se levantó para continuar su camino. Repitió esto frente a un prado perteneciente a uno de los propietarios del lugar; luego viró bruscamente en ángulo recto hacia un manantial que surgía al borde del camino.

"Se detuvo en él y sumergió sus manos hasta los muñecas. En este momento volvió a la realidad. Pareció salir de un sueño, tuvo miedo al verse en la obscuridad y contestó balbuceando las preguntas que se le formularon. Ella explicó, sin embargo, que la Virgen le había dicho: "de sumergir sus manos en el agua".

"En este momento los testigos de la escena le oyeron repetir maquinalmente estas palabras, de la aparición: "este manantial me está reservado", "buenas noches, hasta la vista".

"Vuelto a su casa, el Capellán se enteró de lo que había ocurrido durante su ausencia, discutió los hechos con dos personalidades del lugar y se dirigió con ellas al domicilio de la familia Beco. Durante el trayecto, el Capellán aventuróse a decir:

“¡Si como señal del cielo el padre se convirtiera!”...

“Después de una larga conversación, y sin que se hubiera hecho alguna referencia a ello, en el momento de despedirse el señor Beco dijo: “Señor Capellán, desearía confesarme mañana y comulgar; será mi primera comunión”.

“Muy bien, estaré en la iglesia a las 6.30”. El sacerdote procedía de este modo para convencerse de la seriedad de la conversión, pues ofrecía al padre de la niña la posibilidad de recibir los sacramentos sin ser visto del público. La misa se celebraba a las 7.30.

“Al día siguiente, el señor Beco se confesó antes de la misa, asistió a ella, comulgó públicamente, y desde entonces cumplió con todos sus deberes de cristiano.

“La tercera aparición tuvo lugar el 19 de enero, a la hora de las anteriores. Marieta bajó nuevamente al jardín, y se arrodilló. Repentinamente gritó: “¡Oh, hela aquí!”, y diciendo esto extendió las manos.

“Alguien le había aconsejado de formular la pregunta “¿Quién es Vd., Señora?”, lo que hizo. Después de un breve intervalo, se la oyó murmurar: “¡Ah, la Santísima Virgen de los pobres!”...

“La niña se dirigió luego al manantial, como la víspera, es decir: arrodillándose en diversos lugares. Cuando llegó a él, preguntó: “dijo Vd. ayer: este manantial me está reservado”. Al cabo de un momento de silencio, uno de los asistentes oyó a la pequeña repetir, de la aparición, las siguientes frases: “Para todas las naciones, para todos los enfermos; gracias, gracias”, y añadió: “Sí, oraré por ti”.

“Dichas estas palabras, Marieta se levantó, hizo unos pasos, y viendo a su padre lo abrazó.

“El 20 de enero la niña había estado indispuesta durante el día. Cuando a eso de las 19 quiso levantarse, el padre se opuso. Sin embargo, ante sus lágrimas, cedió a sus instancias. Era una noche fría y glacial. La niña se arrodilló en el jardín,

se puso en oración, y abriendo un poco los brazos, gritó: “Aquí está”. De acuerdo a lo que le había sugerido previamente su padre, preguntó: “¿Qué desea Vd., Señora?”, Una pausa, la respuesta: “una pequeña capiña”, y la niña se desvaneció. Un médico presente entre los testigos, la llevó a casa y la hizo volver en sí.

“El 21, al anochecer, Marieta solicitó salir a las 19 y entró en oración en el lugar de la víspera. Transcurrido cierto tiempo se levantó, y volvió a entrar. “Está concluido, dijo, la Santísima Virgen me bendijo y no volverá más”.

“Estaba en estado normal, pero muy triste. Desde el 21 de enero, hasta el 11 de febrero, todas las tardes, a la misma hora, Marieta iba a rezar su rosario, pero la Virgen no reaparecía. Ni la nieve, ni la lluvia, ni el frío la detenían. Llegó a rezar 4, 5 y hasta 6 rosarios. El término medio eran 3 rosarios. Algunos testigos que asistieron a sus oraciones infantiles, se emocionaron profundamente por su fervor angelical. Su ritmo era moderado, y el sonido de la voz nítido y cristalino.

“La noche del 11 de febrero, estaba rezando pausadamente, como de costumbre. Después de haber rezado un rosario de rodillas, cansada, se puso de pie para el segundo. Llegando a la tercer decena, cayó bruscamente de rodillas. Algunos instantes más tarde se levantó y se puso a caminar muy derecha, con los ojos ligeramente levantados. Llegada al manantial se arrodilló y dijo todavía una decena de Avemarías, persignóse con un gran signo de cruz, y murmuró: “gracias, gracias”. Después de esto se puso a llorar silenciosamente, entró en su casa, absorta, sin prestar atención a su alrededor. Quedó diez minutos perdida en un sueño, cubriéndose los ojos con las manos. El interrogatorio que le hicieron, dió a conocer que la Virgen había dicho a la niña: “Vengo a aliviarte el sufrimiento”.

“Al día siguiente, domingo 12 de febrero, Marieta era todo alegría. Por la maña-

na había comulgado, y la víspera, la Virgen le había dicho: "Hasta luego". Por lo tanto volvería todavía. A las 19.20, veinte testigos en actitud de recogimiento oraban con ella, convencidos que la aparición se produciría. Pero, en vano Marieta esperó, multiplicó los rosarios, escrudiñó la cúspide de los pinos. Volvió a casa con profunda tristeza, después de haber sollozado mucho por el desengaño.

"Los dos días que siguieron, los mismos esfuerzos, sin éxito. El miércoles 15 de febrero se puso en oración y dijo pausadamente siete decenas de su rosario. Súbitamente vió de nuevo la aparición, y le hizo la pregunta: "Santísima Virgen, el señor Capellán me dijo de pedirle una señal". Después de un largo intervalo de silencio, la niña se puso a rezar nuevamente, y cuando terminó, lloró un largo rato. La Virgen le había contestado: "Creed en mí... creeré en vosotros... rezad mucho". Por otra parte le confió un secreto que guarda celosamente.

"El lunes 20 de febrero, cansada de estar de rodillas, se incorporó para el segundo rosario, y comenzó las Avemarias. Pero cayó bruscamente de rodillas y quedó en contemplación durante algunos minutos. A continuación se la vió levantarse y dirigirse hacia el manantial, de acuerdo al ceremonial habitual, rezando solamente durante las tres genuflexiones; en el manantial no dijo palabra. Terminada la visión, explicó a los testigos que la Santísima Virgen, sonriendo como de costumbre, la había llevado al manantial y le dijo antes de desaparecer: "Querida niña,

reza mucho; hasta la vista". Esa noche, el padre, a eso de las 22.30, creyendo que Marieta dormía, quiso verla en su lecho, y se dirigió a su dormitorio. La halló arrodillada a los pies de su cama, rezando todavía su rosario.

"¿Qué pensaba la población de Banneux de todos estos acontecimientos? Casi todos los católicos prácticos, poco numerosos, por cierto, creían y continúan creyendo en el carácter sobrenatural de estas apariciones. El resto de la población no perdió oportunidad de ridiculizar a la familia Beco, especialmente al padre. De parte de los niños de la aldea, Marieta sufría con heroica paciencia las burlas, cachetadas y golpes. La trataban de Virgen de los pobres, y de Bernadeta.

"El 2 de marzo, a la hora del rosario, la lluvia caía a torrentes. Al tercer rosario cesó bruscamente de llover, y a la tercer decena, la niña se calló, extendió los brazos, miró atentamente durante unos cuatro minutos y luego dijo claramente: "sí". Se irguió, quiso ponerse de pie y volvió a caer de nuevo de rodillas y luego a tierra. Lleváronla presto a su casa. Era la última vez que la Santísima Virgen se le aparecía. Le había dicho al dejarla: "Yo soy la Madre del Salvador, la Madre de Dios..., rezad mucho, adiós".

Que nuestra Señora se digne bendecir a la pequeñuela, que pretende habernos traído su mensaje, y a los pobres sobre los que ha querido seguramente inclinarse maternalmente.

(De "Heroica", por Juan Dardenne).

